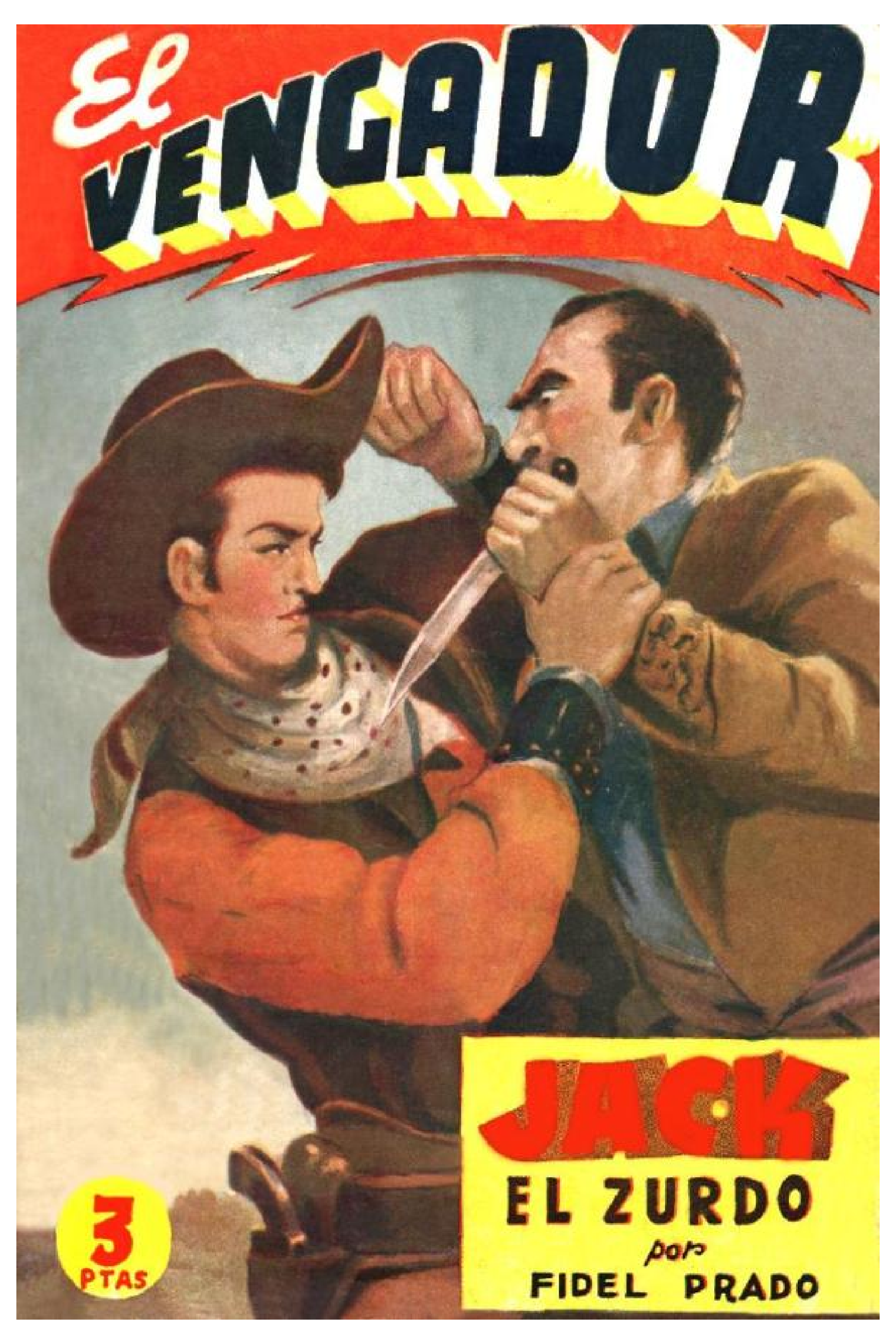

El VENGADOR
JACK
EL ZURDO
por
FIDEL PRADO
3
PTAS



Núm. 2

Jack, el Zurdo

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cíes – Vigo

TITULOS PUBLICADOS

1.—Juramento cumplido.
2.—Jack, el Zurdo.

PROXIMOS TITULOS

La presa trágica.
Un sheriff a la medida.
El rastro sangriento.
El jinete fantasma.

PRIMERA EDICIÓN 1945

Impreso en España *Printed in Spain*



CAPÍTULO I

EL ASALTO A LA DILIGENCIA



A diligencia de Dolores a Mancos, pueblo éste situado a la orilla del rio Dolores, en la región del Colorado, próximo a las divisorias de Utah y Nueva México, se deslizaba, a un buen rodaje, por una polvorienta y pina senda que discurría entre accidentes del terreno o serpenteando bajo pinos y enebros frondosos, que prestaban su grata sombra en aquel atardecer de pleno verano.

La diligencia era un viejo armatoste, alto de caja, duro de armazón, pesado de ruedas, que llevaba rodando más de diez años sin que la casa de Postas se hubiese ocupado una sola vez de dar una mano de pintura a su deslucida armadura, ni en reponer el sucio y desgarrado paño que un día adornara por primera vez sus toscos asientos.

Teomey, el mayoral, un tipo gordo y viejo, de arrugada cara tostada por el sol y los fríos, formaba parte integrante del vehículo. Fue el primero que poseyó el honor de conducir los cuatro fogosos caballos del tiro el día que se inauguró el servicio y durante todo aquel tiempo había vivido pegado al pescante, amenazando con no desprenderse de él hasta el día que el vetusto carricoche se

deshiciese en una cuesta del camino, acabando así su gloriosa carrera.

Los caballos y el mayoral conocían tan a fondo las treinta millas que separaban Dolores de Mancos, que con los ojos cerrados eran capaces de hacer el recorrido sin sufrir el más ligero accidente.

Por esta causa, esta tarde Teomey, vencido por el calor, se había quedado medio dormido, con la pipa entre los dientes y las riendas liadas a su mano derecha, sin preocuparse poco ni mucho de los desniveles del camino ni del cuarteto de viajeros que conducía en el interior.

Eran éstos: Bradley Paine, un ranchero de Mancos, que tenía negocios de ganado, no sólo en Dolores, sino en Durango y otras localidades de la ribera del río; su hija Nora, una preciosa muchacha de unos veintidós años, morena, avispada, enérgica, de facciones lindas y cuerpo atrayente, que solía acompañar a su padre en sus viajes de negocios; Massey Gaines, cajero del Banco Agrícola, ganadero de Mancos, un tipo flaco y amarillo, de ojos hundidos y labios exangües, que apretaba amorosamente contra su pecho la amplia y negra cartera de hule que portaba; y, por último, Ned Morgan, administrador de la pequeña estafeta de correos de Mancos, tipo indefinido, que no se caracterizaba más que por su poblado bigote canoso y el guiño constante de ojos que solía iniciar sin motivo alguno.

Morgan, como su compañero de viaje Gaines, portaba un saco precintado que contenía valores y certificados recogidos en Dolores para la localidad y de cuyo contenido era responsable.

Gaines, que parecía muy inquieto, estrechaba cada vez más contra su pecho la cartera de hule, detalle que obligó al ranchero Bradley a comentar:

—¿Qué le sucede a usted hoy, querido Gaines? Va a derretir la cartera y su contenido de tanto apretarla.

El aludido hizo un gesto agrio y afirmó:

—Confieso que estoy asustado. Mi jefe, el señor Cliff, podía haberse encargado de bajar a Dolores a retirar estos valores y no darme a mí el encarguito. Desde que merodea por la región Jack, el Zurdo, no hay nadie que viaje tranquilo.

Nora, como si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica, se revolvió en el incómodo asiento, replicando indignada:

—¡Son ustedes unos falsarios, y su estúpido jefe el mayor de todos! Jack es incapaz de cometer una mala acción y yo acuso a Cliff de ser el propalador de esos infundios que están haciendo del pobre Jack un proscrito, solamente porque tuvo arrestos para pelearse con Cliff y tenerle quince días sin poder salir a la calle.

Gaines, abrumado por la energía de la joven, replicó azorado:

—Bien, bien, señorita Nora; es justo que salga usted en defensa de él, pero no me negará que se han sucedido hechos muy desagradables en la región desde que él desapareció del pueblo y que la voz popular le acusa de ser el autor de ellos... Yo ni quito ni pongo rey...

—Claro, pero ayuda usted al infame de Cliff a levantar falsos testimonios a la gente. Jack está huido, porque sabe que Cliff es una potencia en Mancos, y le hará estar en la cárcel seis meses porque Tiny Kelli, el *sheriff*, es uña y carne de él y tan desaprensivo como él.

Gaines intentó salir en defensa de Cliff y del *sheriff*, pero Nora se exaltó hasta el punto de que su padre, que se había inhibido de la discusión, la llamó al orden, diciendo:

—Ya está bien, Nora; no sigas por ese camino, porque te expones a que el omnipotente señor Cliff Yore te haga detener por difamación. Tú sabes que, contra todo lo que se quiera aparentar, es el amo de Mancos, y bastantes disgustos hemos tenido y tenemos para pretender aumentarlos. Algún día se aclarará la verdad y sabremos si tu novio Jack es o no el proscrito que Cliff se ha empeñado en que sea.

Nora apretó los dientes y enmudeció ante el consejo de su padre, y Gaines aprovechó el silencio reinante para tratar de disculparse y justificar a su jefe.

—No es tan malo como usted le pinta, señorita Bradley—dijo—. Lo que sucede es que, por su posición en el Banco, la gente le tiene ojeriza. Él no tiene la culpa de ostentar un cargo de tanta responsabilidad como la dirección del Banco Agrícola Ganadero y no poder servir a los que necesitan dinero sin poseer garantías para recibir préstamos, o no poder demorar las cancelaciones a sus vencimientos. El representa un capital ajeno, que debe defender.

Nora, no conforme con las excusas, afirmó:

—Quisiera yo saber qué capitales representa. Nadie conoce a los accionistas. Se ampara en ellos, pero todo el mundo está seguro de que el Banco es él y el dinero es suyo... porque lo ha ganado con malas artes. No me importa su dinero sino sus acciones personales. Creyó que todo se compraba con bonos de su Banco y conmigo no le valió. Por mucho dinero que tenga, que se despida de alimentar esas falsas creencias de que me va a seducir con sus riquezas y me voy a vender a él como una res. Tenemos para vivir, pero si no lo tuviéramos, tampoco accedería a satisfacer los anhelos de ese monstruo. Primero me arrojaría al, Dolores cuando viniese crecido.

Gaines enmudeció. Después de aquellas afirmaciones era necio seguir argumentando en favor de los sentimientos amorosos del flamante director del Banco.

Un silencio impresionante reinó en el interior de la diligencia.

El ranchero, adormecido por el traqueteo del vehículo, cerró los ojos vencido por el sueño y el calor, y Nora, dominada por un tumulto de encontrados sentimientos, se recostó en las tablas y también cerró los ojos,

Ned Morgan, el administrador de Correos, parecía un fetiche de inexpresiva mirada, atento solamente a su valija, mientras Gaines, inquieto y desasosegado, miraba a todas partes como un gato enjaulado y seguía apretando la cartera contra su pecho.

A través de la abierta ventanilla que tenía frente a él contemplaba ansiosamente el paisaje que se iba desarrollando a su vista. La tarde moría en un crepúsculo suave y dorado, con manchones azules oscuros al Norte, y los árboles iban adquiriendo contornos imprecisos al desfilar raudamente ante el vano, mientras un velo de sombras grises caía hacia la parte del rio.

Los caballos seguían trotando infatigables. Presentían las cercanías de la cuadra con su pienso y su balde de agua fresca y avivaban el trote por la estrecha senda, que ahora discurría entre terraplenes enanos, formando una especie de túnel abierto.

Gaines se inclinó sobre el asiento para echar un vistazo al frente y darse cuenta del camino. La diligencia se deslizaba por la llamada Cuesta de los Indios, a menos de tres millas del poblado, y pronto doblarían el peligroso recodo que dibujaba, para luego tomar el terreno llano y abierto del valle.

El cajero, se dejó caer en el asiento y volvió a apretar su cartera, en el momento en que un grito ronco vibraba en el camino y una voz áspera ordenaba hacer alto.

Teomey, despertó bruscamente, tirando de las bridas por instinto, y los caballos, obedeciendo la presión, pararon casi en seco, quedando estancados en el mismo recodo.

De entre unos cortes que presentaban los terraplenes, a la indecisa luz de la tarde, casi convertida en noche, surgió una silueta alta y enjuta, vistiendo un raído traje de *cowboy*.

El rostro lo cubría con un antifaz negro, ayudándole a ocultarlo un rojo pañuelo que borraba la boca y el mentón, mientras el amplio sombrero de anchas alas aparecía muy caído, dejando completamente en sombras el ya oculto rostro del asaltante.

Este, mostrando dos enormes *colts* en la mano, ordenó con un timbre de voz opaco, que el pañuelo hacía más lúgubre e imponente:

—¡Salgan todos de la diligencia! Al primero que le vea hacer un movimiento sospechoso le clavo cinco tiros en el corazón.

De los cinco sorprendidos, solamente llevaban revólver el ranchero Bradley y el mayoral; ni Gaines ni Tony iban armados.

Teomey, estuvo tentado de llevar la mano a la cintura y esgrimir el arma, pero desistió. Hacía mucho tiempo que no practicaba el difícil juego y estaba seguro de que antes de tener tiempo de extraer el revólver el enmascarado le habría clavado a tiros en el *baquet* de la diligencia.

Los viajeros, con los brazos en alto, se apearon del coche, alineándose junto a los caballos, y el salteador, sin perder de vista a ninguno de ellos, ordenó roncamente:

—Bradley, deje caer ese revólver al suelo.

El ranchero obedeció y la misma orden le fue dada a Teomey, el cual, de mala gana, la dio cumplimiento.

Cuando el enmascarado estuvo seguro de que nadie podía revolverse contra él, les empujó contra la caja del coche, apropiándose de la valija y la cartera sin hacer caso de las lamentaciones del cajero y los sollozos del administrador.

A éstos les hizo subir a la diligencia, y a Bradley le ordenó:

—Saque su cartera y déjela en tierra. Usted, señorita, haga el favor de despojarse de ese collar que lleva y dejarlo también en el suelo.

El ranchero, resignado, obedeció; pero Nora, roja como una cereza y temblando como la hoja en el árbol, pretendió entregar el collar al salteador, solamente con objeto de poder acercarse a él y observarle lo mejor posible de cerca.

Una duda rayana en el vértigo se había apoderado de ella. La luz difusa del anochecer no permitía distinguir con precisión rasgo alguno del enmascarado.

Este se protegía de espaldas al terraplén y mantenía una distancia prudencial, y Nora le devoraba con los ojos tratando de convencerse de que no era falso el rumor público que acusaba a Jack de ser el salteador de bancos y caminos, y que aquel individuo, por lo tanto, era el hombre a quien ella había entregado su amor.

La estatura y el tipo resultaban parecidos. El verdadero Jack era alto, flexible y estrecho de caderas. Aquel también lo era, pero de ahí no podía pasar apreciando detalles, porque la máscara, el pañuelo y el sombrero ocultaban su rostro y cabeza, y unos guantes de piel amarilla velaban sus manos.

En cuanto a la voz resultaba difícil identificarla. A través del pañuelo y forzándola, adquiría un tono ronco que mataba sus vibraciones normales, y todos estos obstáculos hacían que le fuera imposible un verídico reconocimiento.

El enmascarado retrocedió al pretender acercarse ella y apuntando con uno de los revólveres, gruñó:

—¡Al suelo, señorita! ¡No se acerque, que es peligroso!

Ella, en un arranque de dolor, murmuró:

—¡Jack!... ¿Cómo es posible que tú?...

—¡Al coche!—ordenó él con gesto amenazador— ¡Pronto!

Nora y su padre se apresuraron a obedecer, y el bandido, cuando se vió libre de una posible amenaza, se volvió hacia el conductor, diciendo:

—Teomey: suelta esas riendas.

El mayoral, que tenía sus ojos clavados en el salteador, obedeció, y éste, tomando a los caballos con una mano, en tanto que con la otra apuntaba al mayoral, hizo avanzar a las bestias hasta salir del encajonamiento del sendero para alcanzar el llano.

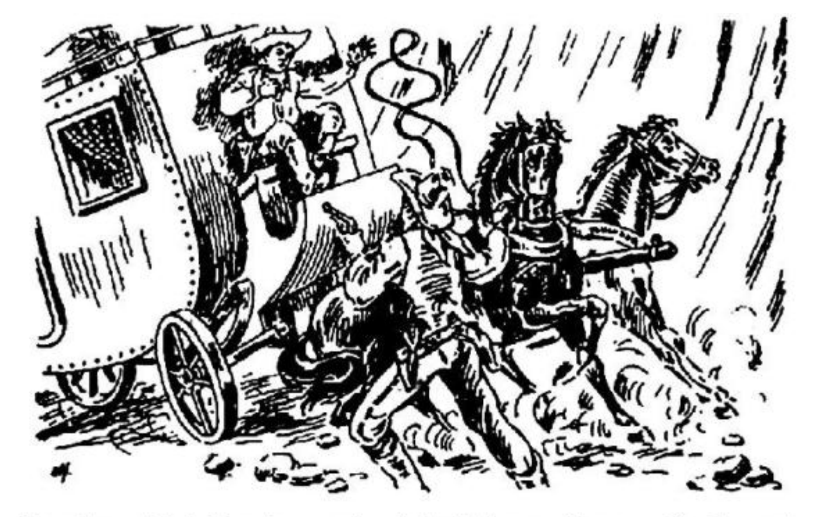
Teomey, preguntándose alarmado qué intentaría aquel demonio con la diligencia, no apartaba los ojos de los suyos, hasta que en un movimiento brusco realizado por el bandido, el sombrero se fue hacia atrás, mostrando por un momento la frente y el pelo al descubierto.

El mayoral, sin poderse contener, lanzó un grito y rugió:

—¡Te conocí, bandido, tú eres...!

No pudo concluir la frase. La mano izquierda del desconocido se movió velozmente y su revólver escupió una lengua de fuego. Teomey, alcanzado por la bala en plena frente, lanzó un aullido de agonía y bruscamente se inclinó hacia adelante, cayendo sobre el tiro trasero de arrastre.

Los caballos, asustados por la detonación, se encabritaron, y, aterrados, emprendieron veloz carrera lanzando el cuerpo del desgraciado mayoral al vado, para patearle horriblemente en su alocado avance, y el pesado vehículo, dando tumbos por las desigualdades del piso, se arrastró veloz hacia la cinta del río, que a menos de cien metros se deslizaba mansamente por su ancho cauce.



No pudo concluir la frase. La mano izquierda del desconocido se movió velozmente.

Varios gritos de terror brotaron del interior de la diligencia. El enmascarado, con nerviosismo, tomó las carteras y la valija, así como el collar, y de un salto se internó por una brecha del terraplén, para requerir un delgado caballo negro que ligeramente trabado a unas matas se mostraba inquieto por el ruido del disparo.

Montando en él con dominio y rapidez, hizo saltar al noble bruto y bordear la muralla terrosa para salir al llano y emprender rápida huida hacia el Norte. Al volver la cabeza; temeroso, descubrió la diligencia avanzando hacia el rio, y en la entreabierta portezuela un bulto que, asustado, sin temor a la caída, se lanzaba al valle, abandonando el peligroso vehículo.

El bulto era Gaines, el cajero del Banco Agrícola.

Aun antes de desaparecer entre los tupidos árboles que reptaban por un terreno pino para alcanzar unas lomas, pudo descubrir a la incierta luz del anochecer el cuerpo del cajero tratando de incorporarse, sin que al parecer hubiese sufrido lesión alguna, y la diligencia, que sin freno ni guía, amenazando con deshacerse en el horrible traqueteo que los alocados caballos la imprimían, alcanzaba la orilla del rio y caía de costado en la corriente, en la que los pobres animales se debatían con terror...

* * *

Aquella tarde, aproximadamente a la misma hora que se desarrollaba este dramático suceso, un jinete caminaba a paso tranquilo bordeando la orilla del rio Mancos, hacia su nacimiento, a

unas quince millas del poblado.

Este jinete era Sol King, el cual, abandonando Utah, en el que nada le quedaba por hacer, se había lanzado a la ventura hacia las regiones del Colorado, atraído por lo pintoresco de sus accidentes y por la leyenda violenta que envolvía esta parte del Oeste.

La tarde se hallaba próxima a morir y el cielo cubierto de rojos crespones, inflamados de oro, ocultaban la bola del sol, tiñendo el paisaje en tonos cárdenos.

Acababa de trasmontar la cima de una colina desde la que se dominaba un bello paisaje pleno de grandeza y de silenciosa poesía, cuando al fijar sus agudos ojos en la oscura línea de un bosque que se dilataba a sus pies hacia el Oeste, descubrió algo que llamó poderosamente su atención.

Trabado a un árbol, se agitaba con inquietud un delgado caballo negro, que se rebelaba contra la traba, asustado no sabía por qué, y no lejos de él se erguía, con el rifle amartillado, un Vaquero de amplio sombrero gris, rojo pañuelo al cuello y camisa de tonos azulados.

El *cowboy*, atento a los árboles del bosque, parecía sospechar un ataque inesperado de alguien, pues su actitud le denunciaba en guardia.

De súbito, de entre la arboleda, surgió un bulto negro y pesado que avanzó hacia él con bastante ligereza a pesar de su corpulencia, y Sol reconoció que se trataba de un oso enfurecido, de aspecto bastante peligroso.

El joven esperó su avance y disparó. El plantígrado, alcanzado, vaciló, pero no herido de gravedad, saltó gruñendo de un modo aterrador, dispuesto a deshacer con su fiero abrazo al imprudente cazador.

Este arrojó el rifle y, llevando su mano izquierda al cinto, extrajo un pesado revólver y disparó sobre el oso a menos de dos metros. El animal, alcanzado en la frente por el disparo, volvió a vacilar y retrocedió, iniciando la huida, pero falto de fuerzas, cayó a tierra, donde el audaz *cowboy* le remató valientemente de otro disparo.

Luego ató el oso con su lazo, sujetó la punta al pomo de la silla y obligó al caballo a arrastrarle hacia el bosque, donde los tres desaparecieron.

Sol quedó aún un momento contemplando el lugar por donde se habían internado y murmuró:

—Tiene temple el mozo. Supo aguantar con valentía el avance del animal y disparar con la izquierda de un modo maravilloso. ¡Mal enemigo si alguien intenta enfrentarse con él!

Sol olvidó pronto el incidente. En sí no tenía nada de particular, siendo muy corriente en aquellas regiones selváticas, pero le había

impresionado la sangre fría, el valor y el pulso de aquel joven vaquero, a quien no había podido ver el rostro a causa de la distancia y de las sombras del atardecer, pero al que estaba seguro de reconocer en cualquier momento.

Sol, que desconocía el lugar donde estaba, examinó el paisaje tratando de descubrir algún signo que le denunciase la proximidad de poblado, pero nada pudo localizar que le orientase. El valle discurría dilatado, verde y abrasado por el sol, y más lejos los accidentes del terreno cortaban la visual y sólo podía descubrir colinas, barrancas y terraplenes, cuando no pequeños bosques que ponían su nota verde oscura sobre la sábana del valle.

Como carecía de prisa decidió hacer alto y pasar la noche en las proximidades. El agua se mostraba pródiga en arroyos plateados que cortaban la llanura como cintas de cristal y los pinos habían alfombrado el terreno de tiernas agujas que le permitirían fabricarse un cómodo lecho.

Se preparó una cena frugal a base de tocino asado y tortas de maíz, bebió un trago de agua pura, fría y cristalina y, amontonando agujas de pino, tendió sobre ellas su manta, tumbándose cara al cielo cuajado ya de brillantes estrellas y, contemplándolas, se quedó dormido.

CAPITULO II

EL VENGADOR LLEGA A TIEMPO



OCHE cerrada era ya cuando Tony Kelly el *sheriff* de Mancos, se vió desagradablemente sorprendido con la presencia en sus oficinas de Bradley Paine, su hija Nora y Ned Morgan, el administrador de la estafeta del pueblo. Los tres, chorreando agua, cansados, agotados, con los vestidos fangosos y destrozados, parecían los supervivientes de una terrible batalla campal, y el *sheriff*, asombrado, olvidando que le habían interrumpido su sueño a horas tan intempestivas, preguntó:

—¿Qué diablos les sucede a ustedes para presentarse ante mí a estas horas y de esa forma?

Ned, con el semblante demudado y tartamudeando al hablar, contestó:

—Venimos a denunciar que hemos sido víctimas de un atraco en el camino de Dolores. El señor Bradley y su hija no querían venir, pero yo les he obligado a hacerlo, porque a mí no me importa si ellos están o no dispuestos a dejarse robar sin protesta, pero yo no puedo permitirme ese lujo. Han asaltado la diligencia en la llamada Cuesta de los Indios; han matado al pobre Teomey de un tiro, nos han despojado de cuanto llevábamos y han asustado a los caballos de la diligencia, que se han arrojado al río, de donde nos hemos salvado por un verdadero milagro.

El *sheriff*, que no salía de su asombro ante la noticia, preguntó:

—¿Asalto a la diligencia? ¿Asesinato del mayoral?... ¿Cuántos eran los asaltantes?

—Uno solamente, pero nos sorprendió sin tiempo a defendernos. Se trata de Jack, el Zurdo,

Nora se revolvió contra la afirmación, exclamando:

—¡Usted no tiene derecho a hacer acusaciones tan concretas! ¿Cómo puede demostrar que era él?

El administrador, nervioso, replicó:

—¿Cómo lo han asegurado otros en diversos casos? Yo sólo sé que sus señas coinciden con las de Jack. Su mismo tipo, un caballo

negro, un pañuelo rojo al cuello y... disparó con la mano izquierda contra el pobre Teomey. ¿Acaso no lo observaron ustedes?

Nora, sofocada, preguntó:

—¿No dice usted que era su misma cara? ¿Por qué no lo afirma?

—Porque no puedo. La llevaba tapada con un antifaz y con el pañuelo rojo.

El *sheriff* miró severamente a Nora, afirmando:

—¿Es por eso por lo que usted no quería venir a darme parte del suceso? ¿Estima usted justo que porque ese mozo salteador haya sido su prometido debe ampararle, no ya en sus latrocinios, sino en sus crímenes? ¿Qué hizo Teomey, defenderse?

—No... No le dio tiempo—afirmó el administrador—; pero cometió la imprudencia de asegurar que le había conocido, y apenas habló, recibió el tiro.

Tony se volvió triunfal hacia Nora, diciendo:

—¿Y aún quiere usted disculparle, después de haber oído que fue reconocido?

Ella, furiosa, exclamó:

—Dígale a este tipo apocado que cuente las cosas como fueron. Teomey no dijo que había reconocido a Jack. Solamente dijo: «Te conocí, bandido, tú eres...» No dijo más.

—¿Para qué?—afirmó el *sheriff*—. Hasta ahora todos se han limitado a decir que les parecía Jack; pero hoy hubo uno que le reconoció por algo, e iba a acusarle sin duda; por eso le mató.

Bradley, afectado por la desesperación de su hija, intervino para decir:

—Mire, Tony, no saque las cosas de quicio y no quiera darles un valor positivo que no tienen. Lo que el pobre Teomey dijo es eso y no es decir nada. Si el salteador no se hubiese dado tanta prisa a matarle para que no le descubriera, acaso a estas horas sabríamos en realidad quién es ese bandido que siembra la alarma y el terror en la región y al que usted con todos sus humos aún no ha conseguido echar mano. Es muy bonito echar culpas a uno, que a lo mejor está ignorante de ello, y no descubrir si es él en efecto o quién es. Si usted hubiese actuado ya estaría en sus manos y no viviríamos ni sobresaltados ni con esas dudas. Yo no defiendo a Jack, si realmente es él el salteador; pero mientras no se demuestre le defenderé porque le conozco muy bien y le creo incapaz de cometer tales acciones; de lo contrario no le hubiese otorgado el consentimiento para hablar con mi hija.

El *sheriff*, indignado por la filípica, repuso furioso:

—¿Usted cree eso? Pues bien, yo le traeré aquí atado de pies y manos para colgarle de la rama de un roble y ya veremos después si resucita y sigue cometiendo fechorías. Hasta ahora he sido blando

con él, porque no quería dar margen a que usted en particular, señor Bradley, me achaque estar supeditado a las órdenes del señor Cliff. Una cosa es que él me haya protegido apoyando mi nombramiento y otra que yo proteja a criminales y ladrones. No detuve antes a Jack para que no se dijese que, por servir a Cliff y que se vengase de sus diferencias con él, le metía en la cárcel; pero ahora es otra cosa. Hay por medio un asesinato y no repararé en nada para colgarle de un árbol.

—Enhorabuena—afirmó el ranchero—; pero procure colgarle si en realidad es culpable, no sea que vaya a pagar culpas ajenas. Yo creo que alguien actúa en su nombre para perderle y le defenderé hasta donde pueda.

—Defiéndale mientras yo le cuelgo —dijo fríamente el *sheriff*—, no se lo impediré. Ahora, hagan el favor de declarar la cuantía del robo.

—Por mi parte, diré la verdad—aseguró Bradley—. Me ha robado la cartera con quince mil dólares y a mi hija un collar tasado en cinco mil.

—¿Y a usted, señor Morgan?

—A mí, la valija que había recogido en la administración de Correos en Dolores. Aún ignoro la cuantía, pero tengo la lista de valores y puedo hacerle un resumen.

—Bien, hágalo y pásemelo lo antes posible... ¿Sólo iban ustedes tres en la diligencia?

—No. Iba también el señor Gaines, cajero del Banco del señor Cliff. Llevaba una cartera de hule que apretaba mucho contra su pecho como si presintiese que se la iban a robar. También se la llevó el bandido.

—¿Cómo no ha comparecido también el señor Gaines?—preguntó extrañado el *sheriff*.

—Lo ignoramos—afirmó Morgan—. Se arrojó de la diligencia cuando ésta volaba hacia el río y no sabemos qué le sucedería. A lo mejor se hizo daño o está herido y no pudo llegar al pueblo como nosotros.

—Bien, yo me ocuparé de averiguar qué le ha sucedido. Ahora pueden retirarse. Están ustedes destrozados y les conviene descansar. Mañana mándeme esa relación de valores y, si es preciso, ampliaremos su declaración, o movilizaré gente que me ayude a dar una batida a ver si localizamos a ese tipo... Estos fuera de la ley, cuando se salen de ella por una cosa nimia, ya no les importa, hacer oposiciones a la horca.

El ranchero enojado y nervioso y su hija desesperada abandonaron las oficinas del *sheriff* para dirigirse a su rancho, mientras el administrador de Correos se encaminaba a sus oficinas.

Cada uno iba dominado por una serie de pensamientos torturadores que en nada coincidían, pues mientras Bradley y su hija pensaban solamente en Jack y en el peligro gravísimo que estaba corriendo, Morgan iba calculando las consecuencias que podría acarrearles para continuar en el empleo aquel desdichado suceso.

Bradley y su hija no cambiaron ni una palabra durante el camino desde las oficinas al rancho, bastante alejado del centro del poblado; pero cuando, por fin, se vieron en sus habitaciones lejos de miradas indiscretas y de oídos más indiscretos aún, Nora, no pudiendo resistir más el dolor que embargaba su alma, se dejó caer sobre un sillón llorando con terrible desconsuelo.

Su padre, atormentado por una horrible duda, se acercó a ella y, pasando su callosa mano por el sedoso pelo de la joven, preguntó tímidamente:

—¿En qué piensas realmente, Nora? Habla sin recelos por crueles que sean tus pensamientos. Estás hablando con tu padre y nadie sabrá jamás lo que piensas.

Ella se levantó encendida como una artemisa y, abrazándole convulsa, afirmó llena de energía:

—No, padre, no pienso en lo que tú supones. Yo estoy convencida de que no era Jack... No basta que me lo diga el corazón, es que no reconocí en él nada que me hiciese dudar en mis creencias. Se parece en la estatura y en el tipo, pero… nada más. Quizá por eso aprovechó las sombras de la noche para confundimos a todos y hacernos dudar, pero yo apostaría mi vida a que no es él... Jack es lo que siempre ha sido, un buen muchacho incapaz de hacer mal a nadie y tú lo sabes... Vendrá a verme, yo sé que vendrá y cuando venga... ¡Oh Dios mío!... ¿Cómo me voy a atrever a acusarle, si estoy segura de que no fue él? ¿Cómo podría haber hecho eso y conmigo y contigo precisamente?

El ranchero, conmovido, la consoló como mejor pudo diciendo:

—No te esfuerces en hacerme creer lo que yo también creo. Aquí hay una horrible trama para perder a Jack y lo van a conseguir. Tu novio es un loco, que ha preferido andar escondido por las cercanías con tal de no dejar de verte y le tenderán una emboscada en la que caerá, y si cae...tú sabes lo que sucederá. Cliff aprovechará el momento favorable para vengarse, porque presidirá el jurado y Cliff... ¡es el amo de Mancos!

Nora lloró con más amargura al ponderar las afirmaciones de su padre, y éste intentó levantar su decaído ánimo prometiéndole hacer cuanto estuviese de su mano para evitar que Jack fuese castigado.

* * *

El *sheriff* se apresuró a visitar al juez para darle cuenta de la denuncia que había recibido y para organizar una caravana que marchase en busca del cadáver del mayoral de la diligencia, misión que fue confiada a tres individuos del poblado, a quien algunas veces había encargado diversas comisiones.

Luego se apresuró a presentarse en la casa del cajero, aunque se temía que éste no hubiese regresado, pero con gran sorpresa suya encontró a Gaines en el lecho, dolorido y magullado del golpe al caer de la diligencia.

El cajero se excusó de no haber ido a las oficinas del *sheriff* a dar cuenta del suceso, pero dijo encontrarse muy quebrantado y sin ánimos para dar un paso.

Confirmó las declaraciones de los perjudicados y, a preguntas del *sheriff*, afirmó:

—Sí, yo oí la acusación del pobre Teomey y estoy seguro de que reconoció a Jack… Yo… a pesar de llevar la cara tan oculta, me atrevo a afirmar que era él.

—¿Por qué?

—Le conozco bien, y cuando se conoce bien a una persona, no hace falta verle la cara para saber que es quien se conoce. Su tipo, su estatura, su ropa… ¡Era Jack!

—Bien, pues, cúrese y mantenga su posición. Estoy decidido a capturar a Jack cueste lo que cueste y el día que se vea ante un jurado su testimonio puede ser muy valioso. De él puede depender que le cuelguen o no…

Gaines, con firmeza, contestó:

—Yo me limitaré a decir la verdad. No tengo nada contra Jack personalmente. Las rencillas de mi jefe no me incumben, pero sí la seguridad de todos. Si le cuelgan por mi testimonio, no será solamente por él. Hay tres personas más que lo han visto como yo y deben servir a la verdad y la justicia sobre todo otro sentimiento.

Cuando al siguiente día se supo en el pueblo lo sucedido, las opiniones se dividieron al juzgar el caso. Unos, influenciados por lo que se venía contando de Jack, le creían culpable del suceso y le condenaban ásperamente. Hasta aquel momento se había limitado a cometer algunos asaltos apropiándose de lo ajeno sin derramar sangre; pero ahora el delito era más grave. La muerte del infeliz mayoral reclamaba un castigo rápido y ejemplar. Otros, en cambio, defendían a Jack, negándose a admitir que fuera un asesino, pero sus voces eran débiles y ocultas. Cliff era una potencia en Mancos y ellos carecían de bases sólidas para exculpar al acusado.

Aquella mañana Cliff, apenas se levantó y acudió al Banco, se enteró de lo sucedido y poniendo el grito en el cielo, se fue a visitar

al juez y al *sheriff* para elevar su protesta por no haber conseguido aún detener a Jack.

Cliff era un tipo alto, flexible de cintura, de pelo leonado, que cuidaba con esmero. Su rostro, bastante agraciado de facciones, perdía atracción por el brillo duro y metálico de sus ojos y por el plegado de sus labios sardónicos que, al intentar reír, más bocetaban una mueca que una sonrisa franca.

Vestía con elegancia propia del cargo que ostentaba: una americana negra de talle largo, un cuello blando en su impecable camisa blanca, adornado con una corbata negra en forma de chalina, pantalón ajustado a la pierna, chaleco de fantasía con una gruesa cadena de oro rematada por un dije del mismo metal, altas botas de cuero y un magnífico cinto repujado a mano con incrustaciones de plata, del que pendía un revólver del 45.

El juez, abrumado por sus protestas, le aseguro que había dado orden al *sheriff* de que extremase su celo para localizar a Jack y detenerle, y en cuanto al *sheriff* era de suponer que le daría las mismas seguridades, pues cuando abandonó las oficinas de Kelly parecía altamente satisfecho.

En cuanto a Gaines también fue visitado por él, para enterarse de su estado de salud. La pérdida de la cartera no podía culpársela al cajero, que era su hombre de mayor confianza, y el suceso no tenía por qué afectarle en lo que se refería a la seguridad de continuar en el cargo.

Cliff, muy enfadado, aseguraba que lo robado ascendía a más de cincuenta mil dólares, pues eran valores trasladados del Banco de Dolores al suyo, así como documentos de valor que habría de encontrar o rehacer, para evitar sendos perjuicios a muchos ganaderos, granjeros e industriales de la región.

Para excitar a la gente en contra de Jack se dejó ver en algunas tabernas de las más concurridas, gastando unas cuantas monedas en convidar a los contertulios y, cuando regresó al Banco, estaba seguro de haber dejado bien prendida la mecha de la indignación en todos los habitantes del poblado.

Para atraerse más las simpatías de la gente y robustecer su ascendiente sobre ella, se brindó a sufragar los gastos del entierro del pobre Teomey y a entregar a su viuda un donativo de cien dólares, y este rasgo, no sólo aumentó su prestigio, sino que encendió en ira los ánimos contra el feroz asesino del infeliz mayoral.

Eran las tres de la tarde, hora que se había señalado para el entierro, cuando Sol penetraba en el poblado, bien ajeno a la repercusión que iba a tener su presencia allí y a los trágicos acontecimientos que se iban a desarrollar a su cuenta.

Sol penetró en Mancos por el Norte, mientras la gente se había trasladado al Sur, donde estaba instalado el cementerio, y el joven se extrañó mucho de observar el silencio y la sensación de vacío que se cernía sobre el poblado.

Las calles se hallaban desiertas, algunos establecimientos cerrados y en las varias tabernas que descubrió a su paso no pudo localizar cliente alguno en ellas.

Este fenómeno le causó tal sorpresa que, intrigado por hallar una lógica explicación, decidió detenerse a la puerta de una de las tabernas de la calle principal y pedir un refresco, que le daría motivo a entablar conversación y satisfacer su curiosidad.

El tabernero le echó un rápido vistazo al descubrirle en el vano de la puerta atando el caballo al porche, pero al observar que era forastero no le extrañó su presencia.

Sol pidió un vaso de absenta y, sentándose en una mesa, preguntó al tabernero cuando le sirvió la bebida:

—¿Es que ha habido epidemia en el pueblo y no quedan apenas supervivientes?

—No —contestó el tabernero—. Es que están de entierro.

—¡Ah!... Debe ser una persona muy importante a juzgar por la ausencia que noto de público.

—No mucho. El mayoral que conducía la diligencia de aquí a Dolores.

—Pues debía tener muchas simpatías entre sus convecinos.

—Sí, las tenía; pero cuando uno muere asesinado vilmente, parece que las simpatías aumentan.

—¡Hola!... ¿Hubo crimen?

—Y repugnante. Fue asaltada la diligencia ayer noche y Teomey fue asesinado por reconocer al salteador.

—¿Entonces se sabe quién es?... ¡No quisiera estar en su gaznate...!

—Se sabe y no se sabe. Hace algún tiempo se cometen asaltos en la región y se le achacan a Jack Birney, más conocido por Jack, el Zurdo, a causa de que maneja muy bien el revólver con la izquierda; pero cuando comete los atracos se presenta enmascarado con un antifaz y un pañuelo en la boca, y nadie ha podido con certeza reconocerle, aunque casi todos le acusan. Ayer parece ser que, por algún detalle que ignoramos, Teomey le reconoció y cuando iba a revelar su nombre Jack le mató de un tiro que le dejó seco.

—¿Cómo saben que reconoció a ese Jack?

—Por alguno de los testigos que presenciaron el hecho. Asaltó y robó al administrador de Correos, al cajero del Banco Agrícola Ganadero de aquí y a un ranchero y a su hija, que da la casualidad

que era, o medio es aún, la novia de Jack, y cuando los iba a dejar marchar, Teomey, encarándose con el enmascarado, dijo: —«Te conocí, bandido... Tú eres... No pudo decir más, porque Jack disparó sobre él matándole en el acto, pero parece que esto es suficiente para acusarle.

—No me atrevería yo a decir tanto... Es más, si yo fuera presidente del Jurado lo tomaría en sentido inverso.

—¿Por qué?—preguntó el tabernero intrigado.

—Por una razón muy sencilla. Si todos estaban convencidos de que era Jack, el Zurdo, el reconocimiento de su persona holgaba, pero si no era él y sí otro que se le parece, entonces es muy significativo lo que el mayoral dijo, pues parece indicar que reconoció en él otra persona distinta a la que iba a descubrir y por eso fue muerto. Si Jack fuera realmente el salteador, no se molestaría en matar a nadie porque le hubiese reconocido, cuando todo el mundo le acusaba con anterioridad.

El tabernero, que le escuchaba atentamente, comentó:

—¿Sabe usted que me ha intrigado con la explicación?...

—¿Será posible? En ese caso, ¿quién diablos puede ser quien se aprovecha del parecido con Jack para suplantarle y estarle tejiendo una corbata de cáñamo para el cuello?

—A saber... Yo no soy de aquí, pero si lo fuera, me parece que no me costaría mucho trabajo descubrir este misterio. Por otra parte, si fuera ese Jack y estuviera acusado por todos de ser el salteador, ¿por qué iba a mostrar tanto empeño en ocultar el rostro con un antifaz y un pañuelo? Hay cosas que no se explican.

—Y sin embargo... como alguien no las aclare bien, si el *sheriff* coge a Jack, y ha jurado que le va a dar caza, nadie le salvará de la horca.

—Sería un crimen mayor si realmente no es él. ¿Por qué anda huido?

—Porque se peleó fieramente con el señor Cliff, el director del Banco Agrícola Ganadero de aquí y le causó ciertas lesiones. Parece ser que Cliff cortejaba más de lo debido a la novia de Jack, que es precisamente una de las personas que iban en la diligencia y a la que robó un collar muy valioso, y Jack la emprendió a puñetazos con él. Cliff le denunció y el *sheriff* quiso encarcelarle; pero Jack, que no tiene aguante, huyó del pueblo y hay quien le cree oculto por los montes. A partir de su huida, empezaron a sucederse los atracos y la gente se los achaca a él.

—¿En que se fundan?

—En que a pesar de ocultar su rostro se parece mucho a él.

—¿Qué señas tiene?

—Es alto, delgado. Viste una camisa azul, un pañuelo rojo al

cuello y monta un caballo negro. Además usa casi siempre la mano izquierda para disparar, aunque maneja muy bien las dos.

Sol se quedó un momento dubitativo. Sin querer, había acudido a su imaginación el vaquero alto, delgado, con pañuelo rojo y camisa azul, montado en un caballo negro, que la tarde anterior descubriera peleándose con un oso en el curso del Mancos y quedó confuso. Aquel joven no podía tener nada que ver en el atraco, porque a la misma hora que éste sucedía a dos millas al Oeste del poblado, el osado cazador se encontraba a quince millas al Norte, en el curso del Mancos, y esto podía asegurarlo él que había sido testigo de su hazaña.

Al joven vengador le resultaba muy sospechosa esta coincidencia de figuras. O existían dos hombres parecidos que nada tenían que ver entre sí, o alguien buscaba trazar una ruta de sangre y robos en la región para cargarle las culpas a Jack y conducirle a la horca, quedando él libre de sospechas y responsabilidades.

El asunto era tan apasionante que Sol se prometió no moverse de Mancos hasta saber qué sucedía y dejar aclarado el caso. Si realmente el salteador era Jack, no sólo no intervendría en su favor, sino que haría trabajos por su cuenta para localizarle; pero si alguien, con una mala fe criminal, trataba de condenar a un inocente a la horca, que anduviese con pies de plomo, pues allí estaba él por pura coincidencia dispuesto a descubrir la verdad y a hacer ahorcar al verdadero culpable.

Después de estas reflexiones, preguntó:

—¿Hay aquí alguna posada decente donde no le roben a uno sin necesidad de usar el *colt*?

—Sí. Puede usted quedarse en la de Larry, el Flaco. Es un antiguo *cowboy* que se quedó medio cojo en un rodeo y ha puesto una posada. Le tratará bien, pues es persona honrada.

—¿Quiere indicarme la posada?

—No tiene más que alcanzar el final de esta calle, torcer por el último callejón y el edificio que hay enfrente en la calle paralela a ésta, es.

—Gracias. Ya vendré por aquí a echar un trago. No llevo prisa y me gustaría saber en qué queda este asunto.

CAPITULO III

UNA PRUEBA TERRIBLE



QUELLA misma mañana, poco antes de que se corrieran por el poblado las voces del trágico suceso de la noche anterior, se presentó en las oficinas de Correos un granjero de unos cincuenta años, bajito de estatura, recio de musculatura, colorado de cutis y calloso de manos, en cuyo rostro se reflejaba una gran simpatía y un espíritu apacible y poco levantisco.

El granjero pidió hablar con Ned Morgan, el cual se ocupaba en aquel momento en duplicar la nota de valores que le habían sido entregados en la estafeta de Dolores, y que el anónimo salteador se había llevado limpiamente. Cuando el muchacho que cuidaba de la estafeta le anunció que deseaba verle Rex Birney, se levantó como una flecha y saliendo al pequeño vestíbulo de las oficinas, fulminó al recién llegado con la mirada.

—¿Se puede saber en qué puede interesarle hablar conmigo, señor Rex? —preguntó con duro acento.

El granjero le miró extrañado, y luego, un poco confuso ante su actitud, no fría como siempre, sino agresiva, replicó confuso:

—Perdone si le he interrumpido, yo no sabía que... en fin, no quiero entretenerle mucho. Venía únicamente a saber cuándo podría disponer de los ocho mil dólares que le habrán entregado ayer en el Banco de Dolores. No puedo demorar la recogida de ese dinero porque es para un asunto urgente y por eso...

Ned le contuvo con un gesto áspero, diciendo:

—¿Por qué no se los reclama usted a su hijo Jack? Él puede, mejor que yo, satisfacer esas prisas.

El granjero abrió los ojos asombrado y balbuceó:

—¿Mi hijo? ¿Qué tiene que ver mi hijo en esto? ¿Es que no le van a dejar ustedes en paz nunca? Mi hijo no se mezcla en este asunto y es usted quien debe entregármelos.

—Quizá lo haga cuando su querido hijo me los devuelva.

—¿Se atreve usted a decir que ha podido cobrarlos sin mi permiso?

—Me atrevo a decir que su hijo asaltó anoche la diligencia de Dolores y me robó la valija con su dinero y el de mucha gente honrada de este pueblo.

El granjero endureció los rasgos de su rostro hasta borrar aquel gesto de bondad que le iluminaba y, avanzando hacia el administrador, rugió:

—¡Si se atreve usted a decir delante de mí que mi hijo es un salteador, le ahogo!

El administrador retrocedió unos pasos y, haciendo un esfuerzo para aparecer valiente, gritó:

—¿Y por qué no he de acusarle, si es cierto? El asaltó la diligencia, le han reconocido los viajeros, y por eso, porque fue reconocido, asesinó a Teomey, después de robarme la valija y robar al cajero del Banco y hasta al padre de su prometida y a su misma prometida.

Rex quedó como anonadado por aquella afirmación categórica, dicha con acento de convicción. Rex no ignoraba que elementos contrarios a Jack o amigos de sus enemigos le estaban acusando vagamente de cometer latrocinios que él estaba seguro de que no podía haber cometido, pero jamás le habían dicho en su cara y con tal acento de convicción que era un facineroso y un criminal.

Rojo por la indignación y el dolor, balbuceó:

—¡Miente usted como mienten todos los que se han obstinado en perder a mi hijo! Mi hijo no es un ladrón ni un asesino. Son ustedes los que por rebajarse como ovejas al poder de ese tirano de Cliff secundan sus bajunos deseos de venganza contra él. Es tan ruin y cobarde que, ya que no supo quedar como un hombre ante Jack, trata de cobrarse la ofensa por procedimientos viles.

El administrador, señalándole la puerta, gritó:

—Señor Rex, haga el favor de salir de aquí, si no quiere que llame al *sheriff* para que él intervenga. Si cree que levanto un falso testimonio a su hijo, acuda a él y a cuantos le reconocieron ayer tarde cuando nos atracó. Yo tengo presentada la denuncia contra él y no tengo por qué discutir con usted. Tengo testigos del robo y mi responsabilidad está a salvo.

Rex, ante las últimas frases del administrador, sintió que el cielo se hundía sobre su cabeza. Había acudido tan temprano a las oficinas de Correos a recoger aquella cantidad reunida en fuerza de privaciones, porque tenía que entregarla antes de cuarenta y ocho horas precisamente a Cliff Yore, para poder recoger el contrato de hipoteca que pesaba sobre su granja y que vencía inmediatamente, sin otro derecho que perderla, si no cancelaba el préstamo.

Este le había sido hecho por un tercero, el cual trasladó la deuda a Cliff, quien la admitió con gusto ante la esperanza de que pudiera

servirle de arma contra su enemigo, y Rex, que por enemistad con él no operaba en su Banco, guardaba el producto de su trabajo en el de Dolores, al que había dado orden de hacerle la transferencia por medio de la valija de Correos, con objeto de no tratar con Cliff más que lo indispensable.

Y ahora, ante la noticia, un panorama trágico se abría ante él. Su enemigo haría valer la hipoteca, que al no ser cancelada en su debida fecha se llevaría a ejecución, dejándole en medio del campo privado del trabajo de veinte años de labor.

Un velo sangriento cubría los ojos del granjero, el que, con los puños crispados y la boca torcida, contemplaba al administrador de Correos, sintiendo unos deseos homicidas de ahogarle entre sus fornidos puños.

Pero de repente una laxitud angustiosa se apoderó de él. Perdida la tensión de nervios, sintió que todo giraba en tomo suyo como si una máquina de vapor lo diese vueltas mareantes y, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo privado de sentido.

Ned le contempló un momento con conmiseración. Al fin y al cabo Rex no era responsable de los actos de su hijo, pero como él nada podía hacer por remediar aquella extraña y trágica situación, se encogió de hombros y, dirigiéndose al joven que le ayudaba, ordenó:

—Recoge a ese hombre y siéntale por ahí hasta que se le pase la impresión. Dale un poco de agua si puedes hacer que la beba y cuando vuelva en sí, si pregunta por mí, dile que he salido a ver al *sheriff*.

Y para evitarse una nueva y desagradable escena, tomó la lista que ya tenía copiada y abandonó la estafeta, dejando en ella abandonado, como a un saco de harina vacío, al infeliz granjero.

Aquella noche, Sol, después de quedar instalado en la posada, se trasladó a la taberna dispuesto a escuchar conversaciones y a recoger datos que le ayudasen a formar una teoría sobre aquel extraño suceso que tanto le había apasionado sin saber por qué.

Fiel a su propósito de convertirse en el vengador de los débiles, estaba dispuesto a intervenir por su cuenta en favor de la justicia, pero algo le decía que esta vez la justicia andaba equivocada, si no estaba vendida a alguien y era lo que tenía que desentrañar.

Sentado ante una mesa en lugar estratégico, recogió muchos comentarios y muchos detalles que ignoraba, y que en lugar de aclarar el asunto lo iban embrollando mucho más.

Así supo las relaciones de Jack con Nora, las asiduidades de Cliff para con la muchacha, origen de la pelea entre los dos rivales, el predominio absoluto que el banquero tenía sobre la mayor parte de los habitantes del poblado a causa de su dinero repartido en

préstamos e hipotecas, que estaban en su mano cancelar o demorar si le parecía y otros muchos detalles muy interesantes. También recogió algunos respecto a Jack y a su padre, y hasta se enteró del desmayo de éste en las oficinas de Correos cuando se enteró de que al robar la valija le habían robado un dinero que era para él de una urgencia agobiadora.

Sol meditaba y hacía proyectos. Había decidido visitar al *sheriff* presentándose como hijo de un compañero muerto en el cumplimiento del deber, y así obtener de éste informes complementarios aportando sus dudas y el producto de sus reflexiones para ayudar a Kelly a no cometer un error; pero tuvo que desistir de esta visita al enterarse que el *sheriff* había desaparecido en unión de unos cuantos ayudantes suyos, para organizar una batida y tratar de detener al salteador.

Luego pensó en Cliff. Este le resultaba antipático sin haber tenido ocasión aún de conocerle y tratarle, y se dijo que tipos así existían a montones en todo el Oeste donde maniobraban a su antojo comprando conciencias y hasta revólveres para ponerles a su servicio sin escrúpulos de conciencia, alguno.

Aún visitó otros dos o tres lugares de recreo donde continuó recogiendo impresiones, y de ellas sacó la deducción de que había mucha gente que no creía en la culpabilidad de Jack, aunque procuraba no exteriorizar sus pensamientos en voz muy alta, acometidos de recelos y temores que no se explicaba.

En el estudio íntimo que hacía del suceso se preguntaba quién podría ser en todo caso el suplantador de Jack para actuar acusando a aquél, pero no encontraba punto de apoyo para fijarse en persona alguna, ya que los comentaristas, al no creer en la culpabilidad de Jack, no apuntaban sospechas de ninguna clase para dirigir la mira hacia otros objetivos.

Se disponía a retirarse a su posada cuando la puerta de la taberna se abrió con violencia y un mozo de una granja cercana entró como un meteoro gritando;

—¡Escucharme, que la noticia es buena! ¡El *sheriff* ha conseguido echar mano a Jack, el Zurdo!

Un silencio impresionante reinó ante la noticia. Las mentes de aquellos hombres abarcaban más que el momento presente, el futuro; y la prisión de Jack significaba que no tardando mucho habría una ejecución en el poblado, cosa que hacía mucho tiempo que no se llevaba a efecto.

Por fin, alguien preguntó:

—¿Dónde y cómo?

—¡Oh! ¡Nuestro *sheriff* es muy listo! —afirmó el recién llegado, que no debía simpatizar mucho con Jack—. Sospechó que el mozo

no renunciaría a visitar de cuando en cuando a la palomita de sus sueños y se apostó en los alrededores del rancho a la espera de la pieza. Esta acudió al reclamo hace una hora y Tony le echó mano limpiamente.

Uno, un tanto pesimista, preguntó:

—¿Y Jack no se ha defendido?

—No. Se entregó como un añojo.

—Me extraña—afirmó el primero—. Un hombre que sabe que si es apresado le espera la rama de un árbol no se deja coger sin defender su libertad y su vida. Perdido por uno, perdido por ciento.

—Eso se dice muy fácilmente, pero hacerse… Kelly es demasiado sagaz y valiente para dejarse comer una partida. Cayó sobre él por sorpresa y cuando Jack quiso sacar el revólver, tema al pecho el del *sheriff*.

Todos enmudecieron y uno preguntó, por fin:

—¿Y qué pasa? Después de todo hay que probarle que fue él el enmascarado que asaltó la diligencia.

—¿Probar?—preguntó irónicamente el que daba la noticia.

—Demasiado probado está con lo que Kelly le ha cogido encima.

—¿Qué le ha cogido?

—El antifaz con que ocultaba su rostro para cometer los atracos. Lo llevaba escondido debajo de la silla del caballo, pero en el registro que Tony le hizo lo descubrió.

Ahora el silencio que reinó en la taberna fue ominoso. Aquella prueba decisiva, que no tenía justificación, condenaba al detenido fieramente, y una reacción violenta se operó en aquellos hombres rudos, que no admitían la cobardía y el crimen, aunque constantemente se estuviesen jugando la vida en un albur indeciso.

Varios se levantaron impetuosamente gritando:

—¡A las oficinas del *sheriff*!… ¡Hay que colgar inmediatamente a ese tipo!…

En tropel, abandonaron la taberna dando gritos que soliviantaron a los transeúntes y a los clientes de los establecimientos cercanos, y pronto la amenazadora manifestación fue engrosando, hasta formar una oleada apasionante que nada bueno presagiaba.

Sol se levantó mecánicamente y marchó tras los grupos lleno de curiosidad. Hasta aquel momento había sentido cierta simpatía por el acusado, pero aquella prueba decisiva le hacía tan culpable a los ojos de todos, que su modo de pensar cambió radicalmente.

Ahora solamente sentía curiosidad por conocer al preso. Estaba seguro de que nada tendría que ver con el joven cowboy que descubriese cazando osos en el bosque, y todos los castillos que había fabricado en el aire, sobre la posible teoría de una

suplantación, caían a tierra.

Cuando llegaron a las oficinas, ya había ante ellas un nutrido grupo de gente que vociferaba con pasión, pidiendo que le entregasen al preso para tomarse la justicia por su mano.

La manifestación amenazaba con convertirse en motín, cuando la enérgica silueta de Tony Kelly, el *sheriff*, apareció en la puerta armado de dos impresionantes revólveres y seguido por tres ayudantes suyos.

Kelly, furioso, se encaró con los grupos sin dejarse intimidar por ellos y gritó:

—¡Atrás, partida de haraganes!… Ya podíais estar todos durmiendo la borrachera, en lugar de venir a perturbarme en mi trabajo. Aquí no hay más autoridad ni más *sheriff* que yo, y no consiento que nadie me suplante. El preso está bien guardado y nadie le tocará hasta que la justicia dicte su fallo. Mañana se harán las gestiones para nombrar el Jurado, y si éste le condena a morir en la horca, no seré yo quien os prive de tirar de la cuerda; pero ahora nadie le tocará al pelo de la ropa o tendrá que habérselas con mis revólveres.

La actitud de Kelly y de sus ayudantes era tan decidida y amenazadora, que los más osados se sintieron cohibidos y frenaron sus ímpetus, no sin que los tradujesen en gritos y amenazas.

Kelly hizo despejar la plaza, y poco a poco los curiosos se fueron retirando satisfechos con la promesa que el *sheriff* les había hecho de reunir pronto al Jurado y cumplir la sentencia que éste dictara, y como todos estaban convencidos de que el fallo sería fatal, sus instintos de muerte quedaban satisfechos.

Sol también se retiró. Nada le quedaba por hacer allí siendo un forastero, y sobre todo llevándose las cosas, al parecer, con tanta legalidad y energía.

CAPITULO IV

LOS PRIMEROS PUÑETAZOS



L siguiente día amaneció tormentoso en Mancos y los ánimos estaban excitados. Las noticias circuladas la noche anterior demandaban una válvula de expansión, y la gente, más atenta a lo que pudiera suceder con el preso que a sus propios negocios, entraba y salía en las tabernas, inquiriendo noticias de última hora, y los grupos se sucedían ante las oficinas del *sheriff*, como si temieran que el preso pudiese fugarse o alguien le ayudara a huir.

El juez se había apresurado a cambiar impresiones con el *sheriff* y el alcalde y, sobre todo, con Cliff Yore, ya que éste no se sabía por qué ley ancestral era el encargado de presidir todos los Jurados que se nombraban en el pueblo para juzgar cualquier clase de delitos.

Yore, muy contento por la detención de Jack, iba de un lado para otro visitando gente y hablando con quien le interesaba para ultimar la cuestión de Jurado, y por la tarde se supo, al fin, quiénes formarían el tribunal dictaminador.

Sol, que había establecido su cuartel general en la taberna, sin que nadie hiciese aprecio de su presencia debido al nerviosismo que reinaba, se fue enterando paso a paso de cuantas gestiones se llevaban a cabo, y así supo nombres, pelos y señales de los seis ciudadanos de Mancos, que iban a juzgar, con Cliff, al acusado.

—Ya está nombrado el tribunal —dijo uno que acababa de llegar y que creía portar noticias sensacionales—. ¿Queréis saber los nombres?

Un viejo ranchero, flemático y burlón, que fumaba una pipa negrísima en un rincón de la taberna, le interrumpió para advertir:

—Te juego una pinta de Ginebra a que te doy yo los nombres sin haber salido de aquí.

—¡Va apostada! — dijo el recién llegado—. ¡Que hable el padre Salomón!

—Pues allá van: Clem Denzar, Rowdy Hasting, Sid Merrit, Battu Ponee, Harley Backers y Johny Hoffman.

El vaquero se le quedó mirando y luego repuso:

—¡No vale! Usted juega con ventaja. Conocía usted el nombramiento y se ha tirado un farol. ¡Trampas, no!

El ranchero sonrió diciendo:

—Que te digan éstos si me he movido de aquí en toda la noche. Lo que sucede es que me conozco de memoria a Cliff y sé sus trucos. Esos seis son sus más incondicionales adeptos y fallarán como él quiera que fallen. Tiene que vengar los puñetazos que le administró Jack y no se va a quedar corto en la venganza.

La gente enmudeció iniciando un gesto de disgusto. Comprendían las razones aducidas por el ranchero y no les agradaba que se mezclase un asunto tan nimio con una cosa tan grave como aquélla.

Uno se atrevió a insinuar:

—Debíamos protestar del nombramiento. Este se debía hacer por votación entre el pueblo.

—Si quieres que el poderoso dueño y señor del Banco Agrícola y Ganadero de Mancos condene a tu padre a la ruina, haz la proposición y dentro de ocho días, cuando necesitéis algún anticipo para pienso o algo urgente, írselo a pedir, veréis cómo os recibe.

El proponente inició una mueca de rabia, pero luego, cambiando de tono, afirmó:

—De todas formas es igual. El asunto está tan claro como la luz del día y sea el Jurado que sea condenará a Jack.

—En vista de lo cual, abona la ginebra, Ned. Yo pago y cobro.

El vaquero abonó el importe y luego añadió:

—La vista será mañana por la tarde en el almacén de Bill. Ya han mandado vaciarlo para que quepa el mayor número posible de gente. Se volcará todo el pueblo.

Los comentarios, para todos los gustos, prosiguieron, y ya anochecido, Sol abandonó la taberna y se trasladó a la posada donde pidió la cena.

Sin saber por qué, se sentía preocupado y preso de una gran excitación nerviosa. Aquel asunto le estaba apasionando demasiado y se decía que no había razón alguna para ello.

Cuando cenó ya era de noche y, cansado de respirar la atmósfera viciada de la taberna, decidió darse una vuelta por el poblado a respirar el aire fresco de la noche.

* * *

El juez de Mancos, procediendo con la legalidad que su misión requería, se apresuró a enviar citaciones a todos los testigos que

pudiesen aportar algún cargo o descargo en la causa, y así fueron invitados con preferencia, Gaines, el cajero del Banco: Ned Morgan, el administrador de Correos; el ranchero Bradley y su hija.

Esta, cuando supo que Cliff presidiría el Jurado, estuvo a punto de morir de la impresión dolorosa. Sabia del espíritu vengativo del Creso de Mancos, y no dudaba que se ensañaría con el infeliz acusado, no cejando hasta saberle condenado a la más alta pena.

Durante un momento, miles de encontrados pensamientos torturaron su espíritu. Buscaba algo, una solución, una ayuda para salvar al preso sin encontrarla. Estaba segura de su inocencia a pesar de todas las pruebas acumuladas y se preguntaba con desesperación cómo podría justificar su inocencia.

En un rapto de amorosa locura tomó una resolución. Iría a visitar a Cliff y le suplicaría, hasta de rodillas, que no se ensañase con Jack. Sabía lo que este paso significaba; pero su amor ciego en nada estaba dispuesto a reparar con tal de salvar la vida de su adorado. Sin dar cuenta a su padre de sus proyectos, montó a caballo y, pretextando dar un paseo para aprovechar el fresco de la tarde, se dirigió al poblado, deteniéndose frente a la casa habitada por Cliff.

Este vivía en una linda casita apartada del bullicio del poblado, casi en las afueras del mismo, y dado lo exótico del lugar, los transeúntes que circulaban por allí eran escasos.

Nora, decidida, llamó a la puerta de la cerca y, con gran sorpresa suya, descubrió cómo a la llamada se asomaba el propio Cliff a una de las ventanas para inquirir quién era el visitante.

Al descubrir que se trataba de Nora, se apresuró a descender, franqueándole la entrada con un saludo gentil.

—¡Qué honor para mi humilde persona recibir tan grata visita!... ¿Puedo saber a qué debo la dicha...? ¡Oh!... Pero ¡qué torpe soy! La estoy entreteniendo en la puerta como a un triste empleado... ¿Quiere honrarme, pasando?

Nora, haciendo un terrible esfuerzo, atravesó el paseo enarenado que conducía desde la cerca al interior y, cruzando un estrecho pasillo, penetró en una estancia que se abría a su izquierda. Era ésta un salón agradablemente amueblado, que servía a Cliff de despacho y sala de recibir visitas.

Indicó una silla con la mano y quedó en pie en actitud expectante.

Nora renunció a sentarse y, con voz velada por la emoción, miró de frente al banquero diciendo:

—Señor Cliff, supongo que se dará usted cuenta del esfuerzo que he tenido que hacer para dar este paso.

—No comprendo por qué. Usted sabe que en esta casa y donde

yo tenga algún poder será recibida como una reina.

—Muchas gracias, y precisamente esta deferencia de Usted, es la que me ruboriza y hace penosa esta entrevista. Yo sé sus sentimientos hacia mí y usted sabe los míos hacia usted. Nadie puede mandar en su corazón, y éste y no otro es el motivo que me ha impulsado siempre a rechazar sus proposiciones amorosas.

Cliff se mordió los labios con rabia y contestó:

—Supongo que no habrá venido a decirme eso únicamente...

—No... No he venido a esto. Es más, lamento tener que recordarlo, porque me figuro el daño que ello le puede hacer, pero he venido, a pesar de todo, creyéndole un caballero.

—Muchas gracias. No siempre ha opinado usted igual de mí. Precisamente no hace muchas horas, cuando se vieron ustedes vilmente asaltados, se permitió ciertos juicios duros respecto a mi persona...

Ella, ruborizada, se disculpó.

—La culpa la tuvo el estúpido de su cajero —dijo—. Me puso nerviosa haciendo acusaciones concretas a las que no tenía derecho...

—Acusaciones que más tarde se vieron confirmadas trágicamente—recalcó él con acritud.

—No... No se vieron confirmadas, señor Cliff. Escúcheme usted, por favor. Yo sé, estoy segura, de que el enmascarado que asaltó la diligencia y mató a Teomey, no era Jack; estoy segura de ello, y por esto me he permitido esta dolorosa visita sin medir lo que pueda rebajarme a sus ojos al hacerla... Han detenido a Jack; mañana va a comparecer ante un tribunal que usted preside y en el que ejerce una gran influencia. Yo vengo a pedirle que sea generoso y, olvidando sus diferencias personales con Jack, ajenas al triste suceso que va a juzgarse, sea imparcial y benigno y no trate de vengar aquello en esto.

Cliff, muy digno, repuso:

—Señorita, creo que me juzga usted muy mal y que me insulta, si quiera sea con esa insinuación. Es cierto que yo presido este tribunal, como he presidido otros muchos, no puedo negar que el Jurado es amigo mío; pero no sé qué le da derecho a suponer que yo pueda ejercer coacción sobre él. Jack va a ser juzgado, no por sus diferencias conmigo, sino por delitos mucho más graves. Hay pruebas terribles contra él y...

—¡Esas pruebas son falsas! ¡Se han inventado para condenarle!

—¿Por quién? Demuéstrelo y yo haré que se ahorque al que las haya aportado con mala fe, en lugar de ahorcar a Jack.

—¡No lo sé!—afirmó ella desfallecida—; pero estoy segura de que todo esto es producto de una trama horrible. ¡Por lo que más

quiera, Cliff, haga lo posible por salvar la vida de Jack! ¡Que lo condenen a la pena que quieran, menos a la horca, pues si salva su vida, yo estoy segura de que más tarde o más temprano se demostrará su inocencia!

—¿Usted sabe lo que me pide? ¿Cómo ante hechos que le acusan sin paliativos puedo yo tergiversar un castigo merecido?

—Usted puede hacerlo... No faltará a ninguna ley si hace ver la posibilidad de que todo sea un complot. No pido que se le deje libre, sino que no se le ahorque. Así, si un día se demuestran mis asertos, usted gozará la satisfacción de haber salvado su vida contribuyendo a que recobre la libertad,..

—Eso es, y que se case con usted, que sean ustedes muy felices y que a mí me hagan una hornacina en la Iglesia de Mancos para canonizarme por santo... Lo siento, señorita Nora, pero no puedo hacer eso. No soy yo el que le ha metido en ese lío, sino él... El la ama a usted, yo también... Si él no me ha concedido a mí nada más que hacerme pasar el bochorno de lucir unos cuantos golpes a su costa, ¿por qué le voy yo a recompensar con tan alto premio? Es usted muy egoísta, señorita Nora; tan egoísta que pide a los demás un sacrificio enorme sin ninguna clase de compensaciones.

—¿Qué compensaciones puedo ofrecerle?—preguntó ella desesperada—. Usted no es un indigente al que se le pueden ofrecer unos dólares por un servicio.

—Claro que no lo soy, pero hay otras cosas que tienen un valor no tasable en dinero... Yo la amo a usted, no he renunciado a seguir amándola... Vamos a suponer que yo lograra que Jack saliese condenado solamente a muchos años de cárcel, ¿qué adelantaría usted con ello, si ya no podría realizar sus sueños amorosos? Piénselo bien... Quizá pueda hacer lo que me pide, pero usted ha de otorgar algo a cambio. Condenado Jack a prisión indefinida, usted salva su vida y queda libre del compromiso contraído con él. Acepte entonces mi proposición matrimonial y todos habremos puesto algo para la solución.

—Pero ¿y sí se demuestra su inocencia?

—¿Cómo y cuándo? ¿El día que usted peine canas?

—No sé; estoy segura de que se demostrará...

—Bien: le hago una proposición. Le concedo dos meses para esa demostración. Si pasado ese plazo no lo ha conseguido usted, rompe todo compromiso y se casa conmigo.

Nora, desesperada, no sabía qué decidir. Su amor le obligaba a todo por salvar a Jack, pero el dilema era espantoso, pues se vería obligada a renunciar a él, casándose con un hombre al que aborrecía ahora más que nunca, pues le demostraba ser un especulador que no vacilaba en jugar a la bolsa con la vida de un

hombre por satisfacer sus apetitos inconfesables.

Sufriendo una terrible reacción, se revolvió diciendo:

—¡No!... No acepto. Usted no se da cuenta de lo que ha perdido a mis ojos con estas palabras. Se convierte usted en un comerciante de la muerte, indigno de ser mirado a la cara. Si yo le aceptase a usted por marido, cada vez que pensase al precio que habría comprado mi amor y al precio que yo se lo vendí me sentiría la más infame de las mujeres.

Cliff, rojo de indignación ante las palabras insultantes de la joven, se revolvió diciendo:

—¿Quién le ha enviado a usted entonces a pretender sobornarme tergiversando una sentencia justa por satisfacer sus egoísmos? ¿Es que la vida de Teomey no tiene un valor? Usted pretende comerciar con ella y le indigna el que yo pida una parte en el botín. ¡Es usted graciosa!

—¡Y usted un malvado! Sabía lo que iba a sacar de esta entrevista y, a pesar de ello, vine para acabar de convencerme de la clase de individuo que es usted. Tiene compradas las conciencias con su dinero, hace préstamos a la gente para obligarla a secundar sus planes ambiciosos o sumirles en la ruina y la desesperación. Es usted el pulpo de mil brazos que chupa la sangre y el sudor de la gente y cuando hay alguno que se opone gallardamente a usted, trata de aniquilarle usando de ese poder adquirido con un dinero que ni legítimamente ganado es. ¡Le detesto!...



Un enorme directo, que le alcanzó en el mentón, le lanzo hacia atrás.

Nora, sofocada, roja de ira y de asco, se dirigió hacia la puerta

para abandonar aquella casa cuyo contacto quemaba sus pies, pero, Cliff, rabioso por la altivez, la soberbia y la brutal franqueza de ella arrojándole a la cara los dicterios que jamás había oído, se revolvió furioso y, tratando de retenerla por un brazo, rugió:

—¿Y tú crees que se puede entrar impunemente en el cubil del lobo sin salir arañada? No, preciosidad, no... Tú no serás para mí de buen grado, pero yo te juro que lo conseguiré como sea.

Nora, aterrada, leyendo en los dilatados ojos de Cliff los más brutales deseos, abrió la puerta con violencia, y a todo correr trató de ganar la salida. El alargó la mano para atenazarla, pero sólo consiguió aferrarla su fina blusa, que se desgarró, quedándose con el pedazo, mientras ella, aturdida y temerosa, ganaba la puerta de la cerca.

Pero Cliff, de un enorme salto, llegó hasta ella y, con violencia, la tomó por un hombro, obligándola a dar una vuelta rápida para estrecharla entre sus brazos.

Nora lanzó un grito desgarrador de impotencia y trató de arañar furiosamente al banquero, quien hurtó la cara a las uñas de la muchacha sin soltarla; pero en aquel mismo instante un bulto que acababa de arrojarse de un caballo que cruzaba frente a la puerta, saltó sobre el grupo y tomando a Cliff del cuello de la americana, tiró de él con tal fuerza, que le obligó a dar dos vueltas para quedar frente a él, asombrado y rabioso.

Sol, pues era él quien tan oportunamente había llegado, avanzó hacia Cliff y con acento cortante gritó:

—¡Él canalla que emplea tales procedimientos con una mujer no merece más que esto!

Su puño flexible y duro cayó sobre el rostro de Cliff, golpeando con furor, y el agredido, que no era cobarde ni blando, reaccionando al golpe, se revolvió rugiendo:

—¡Y el imprudente que se mete en mis asuntos tiene también su merecido!

Sol aguantó impávido el directo que Cliff pretendió administrarle, huyendo el rostro ágilmente, y un terrible pugilato se entabló entre ambos que, ciegos por la rabia, se buscaban furiosamente-.

Pero Cliff, dominado por la sorpresa, se había dejado llevar demasiado por los nervios y golpeaba sin serenidad, mientras Sol, tranquilo y poseído de una terrible sangre fría, buscaba el rostro de su enemigo golpeándole a placer.

Un enorme directo que le alcanzó en el mentón le lanzó contra la cerca que crujió al impacto, y Cliff, atontado, se dejó caer al suelo donde quedó revolcándose entre rugidos de dolor e impotencia.

Sol se volvió galantemente a Nora, que con los ojos muy abiertos y las manos apoyadas en el corazón para contener sus violentos latidos, había quedado en pie muda de asombro y angustia, observando a aquel hombre surgido milagrosamente en tan crítico momento, quien sereno y frío, manejaba los puños con una seguridad y una maestría escalofriante.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señorita?—preguntó el joven, como si su intervención no hubiese tenido importancia alguna.

Ella, balbuciente, repuso:

—¡Oh! Muchas gracias, señor. Ha sido usted mi providencia. No sabe cuánto le agradezco tan oportuna llegada. Sin ella, ese miserable me hubiese ultrajado de una manera que jamás hubiese tenido rectificación.

—¿Puedo saber quién es este galante caballero que trata con tanta delicadeza a las damas?

—Sí, aunque quizá su nombre no le diga nada. Se llama Cliff Yore y es el granuja más grande que cobija Mancos.

—¡Ah!... ¿El señor Cliff, presidente del Banco Agrícola de la localidad? He tenido un verdadero placer en conocerle...

—Si llama usted placer a haberle administrado ese castigo lo comparto con usted; pero si piensa usted quedarse aquí para, algo concreto le compadezco. Sólo hubo un hombre capaz de hacerle frente y ese hombre va a morir ahorcado porque él así lo quiere.

—¿Se refiere usted a Jack el Zurdo?

—¿Le conoce usted?—preguntó ella anhelante.

—No, señorita; pero llevo cuarenta y ocho horas en Mancos y me he enterado de muchas cosas muy interesantes. ¿Puedo saber quién es usted, ya que es algo de lo poco que me falta saber?

—Sí. Soy Nora Bradley, la prometida de Jack.

Sol la contempló con asombro y preguntó:

—¿Y cómo se ha atrevido usted a meterse en el cubil de esta tarántula?

—No la creí tan innoble como es. Vine a suplicar que no influyese en el tribunal, que es hechura suya, haciendo que condenen a mi novio por cosas ajenas a lo que ahora se le culpa inicuamente. Cliff no le perdona que en cierta ocasión le tratara como usted le ha tratado ahora.

Sol, observando que estaban tratando aquel asunto en plena calle, delante de Cliff, que había quedado rígido en tierra, señaló el caballo de ella, preguntando:

—¿Ese caballo es el suyo?

—Sí.

—Pues haga el favor de montar y vámonos de aquí. La

acompañaré hasta su rancho.

Ella obedeció, siendo ayudada galantemente por Sol, y éste, montando en su caballo, se puso a su lado.

Nora, picada por la curiosidad, interrogó al viajero:

—¿Puedo saber a quién debo tan intasable favor?

—¿Por qué no? Me llamo Sol King… Alguien ha dado en llamarme el Vengador, pero eso no tiene importancia. Estoy aquí accidentalmente y me ha interesado mucho este caso. ¿Quiere usted facilitarme algún detalle más para que me haga una mejor composición de lugar?

Ella, vehemente, le hizo un relato de todo cuanto podía interesar al joven, y éste, después de escucharla, dijo:

—No veo muy claro en todo esto, se lo confieso. Aunque no sea de aquí, me he preocupado mucho del suceso y me he prometido asistir mañana al juicio. Sospecho todo lo que trama esa lagartija venenosa, pero puedo asegurarle una cosa: como yo no vea muy claro el asunto y como no estime que la condena es justa, me parece que se van a producir sucesos bastante desagradables en esta tranquila localidad.

Ella, esperanzada, preguntó;

—¿Qué pretende usted hacer?

—Nada que no sea justo. Me llaman el Vengador y he aceptado el mote. Vengaré a los débiles contra los fuertes y no consentiré injusticias. Si aquí existe, yo le juro que pondré cada cosa en su sitio contra todo y contra todos.

Habían llegado al rancho y ella le invitó a entrar, pero él se excusó. No quería más compromisos que los que él se buscara voluntariamente.

CAPITULO V

UN JUICIO QUE TERMINA A TIROS



ASTANTE antes de la hora fijada para el juicio, a la tarde siguiente, los alrededores del local donde se iba a celebrar parecía un hormiguero de curiosos.

Todo el personal masculino de Mancos parecía haberse dado cita allí para asistir al juicio, y la gente se mostraba nerviosa, deseando que se abriesen las puertas para poder penetrar y escoger un buen sitio.

Sol, que tenía más empeño que nunca en presenciar la ceremonia, se estacionó cerca de la puerta y cuando al fin el alguacil del Ayuntamiento dio la voz de entrada, el público se atropelló bruscamente para no quedarse fuera y perderse aquel emocionante espectáculo.

El salón, muy grande, permitía acoger buen número de curiosos, y Sol, por razones sólo de él conocidas, en lugar de acomodarse en los primeros bancos, buscó un asiento en una esquina, próximo a una de las puertas de salida.

Al fondo del salón se había levantado una especie de tribuna con cajones apilados cubiertos por bayeta roja.

Era el lugar destinado al juez y al Jurado.

Entre la tribuna y los primeros bancos quedaba un espacio libre con un solo banco aislado, capaz para tres personas. En él se sentaría el acusado, junto con el *sheriff* y un ayudante suyo para vigilar al prisionero.

Poco después de las tres hizo su aparición el juez. Un individuo alto y seco, de lacios bigotes canosos y cabeza pelada, el cual portaba un libro en la mano.

Inmediatamente detrás, se presentaron los seis miembros del Jurado. Sol les examinó con atención y no pareció quedar muy satisfecho de su aspecto, quizá porque estaba influenciado de los antecedentes que sobre su libertad de pensamiento poseía.

Cliff no había aparecido aún. En cambio, en unos bancos

adosados a la pared de través, se hallaban ya el ranchero Bradley, su hija Nora, el administrador de Correos, Gaines, el cajero del Banco Agrícola, como principales testigos.

Una gran impaciencia parecía dominar el auditorio por el retraso que el juicio estaba sufriendo. Faltaba Cliff como presidente del tribunal, y mientras él no llegase no se podía empezar el juicio.

Sol, aburrido, pasaba revista a los presentes, preguntándose cuáles serían sus sentimientos y cuáles sus reacciones durante el juicio. Temía a las masas en esta clase de espectáculos, pues sabía de su impresionismo y vesania.

Al recorrer la sala, sus ojos se cruzaron con los enrojecidos de Nora, y Sol sonrió con simpatía, poniendo en el brillo de sus ojos una luz de esperanza que ella captó y agradeció con otra sonrisa, y después volvió a fijarse en el Jurado.

En aquel momento Cliff hizo su aparición.

A pesar de que había apelado a cuantos procedimientos tuvo a mano para ocultar las huellas de los golpes sufridos, no pudo disimular éstos y el auditorio, al observarlos, se preguntó qué le habría sucedido al omnipotente banquero y quién habría sido el osado que le había puesto el rostro de aquella manera.

Cliff se excusó en voz baja con el juez y tomó asiento.

Se le observaba un tinte sombrío de ira concentrada, que no presagiaba nada bueno.

El juez dio unos golpes sobre la mesa con la culata del revólver para imponer silencio y luego ordenó:

—¡Que entre el acusado!

Por la puerta del fondo, apareció Tony, el *sheriff*, acompañado de dos ayudantes. Entre los tres rodeaban al preso, al que habían atado las manos a la espalda y al que guardaban apoyando en sus costados, tres sendos revólveres.

Sol se inclinó sobre el asiento con curiosidad, y al clavar sus agudos ojos en el detenido un estremecimiento le agitó violentamente. Aquel muchacho simpático y juvenil, de facciones viriles y sonrisa un tanto humorística, no era otro que el vaquero a quien él había observado varias tardes atrás cazando bravamente un oso a quince millas del poblado.

Una reacción vivísima se operó en el Vengador al comprobar aquel detalle. Ahora estaba seguro de que Jack no podía haber sido el atracador a quien se le culpaba de la muerte del mayoral y se sentía dispuesto a intervenir como fuera para evitar aquel error o aquella mala fe que podía costar la vida a un inocente.

Jack, sin jactancia, pero sereno y tranquilo, tomó asiento en el lugar a él destinado, y solamente movió la cabeza para echar un vistazo al lugar donde se sentaba su prometida, bocetando para ella

sola una sonrisa que era un poema de amor y de fidelidad.

El juez se irguió en su asiento y, dirigiéndose a Jack, exclamó:

—Jack Birney, se le acusa, aparte de otros varios delitos que en su día serán juzgados más concretamente, de haber asaltado la diligencia de Dolores a Mancos durante el atardecer del martes, día 14, y de haber dado muerte alevosa y sin lucha al mayoral de dicha diligencia, Teomey Murray, aparte de haber cometido robos por una cuantía que se tasa en más de ochenta mil dólares.

Jack se encogió de hombros y repuso:

—Pruébeme el señor juez sus acusaciones.

—Serán probadas, Jack Birney. Dicha tarde, al asaltar la diligencia, usted despojó al señor Gaines, aquí presente, de una cartera perteneciente al Banco Agrícola y Ganadero de esta localidad, conteniendo treinta mil dólares y documentos de un valor que no tienen tasa monetaria; al señor Ned Morgan, administrador de la estafeta de Correos, valores y certificados tasados en más de cuarenta mil dólares; al ranchero señor Bradley de una cartera con quince mil dólares y, por último, a su hija Nora, un collar tasado en cinco mil. Todos aquí presentes, son testigos de cargo que en momento oportuno depondrán ante mí... ¿Qué tiene que alegar en su favor?

—Simplemente que no es cierto. Primero, porque yo soy un hombre honrado; segundo, porque ustedes saben que el señor Bradley es el padre de mi prometida Nora y, por lo tanto, yo no iba a cometer la vileza y la tontería de robarles precisamente a ellos, y tercero, porque ese día y a esa hora yo me encontraba a más de quince millas al norte de Mancos cazando un oso.

—Pruebe que eso es cierto y podrá desvirtuar la acusación.

—No tengo testigos y ustedes lo saben. Yo andaba huido por el monte, porque no estaba dispuesto a sufrir unos meses de arresto por administrar justamente unos puñetazos en el rostro de quien me había ofendido gravemente y no iba a llevar detrás de mí testigos. Pero mi conciencia está limpia y me atrevo a decir que esto es una infamia y una vil comedia.

El juez le llamó al orden advirtiendo:

—¿Cómo se atreve usted a decir tal cosa?

—Porque no hay nadie que honradamente se permita afirmar que el salteador era yo. ¡Que lo demuestren!

—Lo demostrarán. Entonces, ¿cómo justifica usted que cuando fue registrado por el *sheriff* al ser detenido se le encontrase oculto en la silla un antifaz idéntico al que usaba el salteador?

—No lo justifico de ninguna manera. Ese antifaz no es mío y alguien le ocultó allí exprofesamente para perderme.

El *sheriff*, indignado, se levantó diciendo:

—¡Protesto! Eso es tanto como acusarme a mí de haberlo colocado en tal lugar, ya que yo fui quien hizo el registro.

—Yo no acuso a Tony —afirmó Jack—, pero alguien de los que se arrimaron e intervinieron en la detención pudo haberlo colocado. Hay muchos deseos de deshacerse de mí y el procedimiento era bueno.

—Esa excusa es tonta —afirmó el juez—. Usted llevaba oculto el antifaz; usaba para cubrirse con él un pañuelo rojo que le ha sido encontrado, llevaba una camisa azul que en este momento tiene puesta y monta un caballo negro. ¿Son pocos detalles para ser reconocido?

—No sé; pero estas prendas puede usarlas cualquiera lo mismo. Nadie honradamente admitiría sus argumentos para condenarme.

—¿Que no? Ahora veremos si una prueba contundente sirve para ello.

Encarándose con el *sheriff*, ordenó:

—Hagan el favor de ponerle el antifaz, atarle el pañuelo a la boca, cubrirle con el sombrero y colocarle en aquel rincón.

En medio de la expectación general, Tony y sus ayudantes procedieron a cumplir la orden del juez, después de desatarle y cuando estuvo así disfrazado, le colocaron a la derecha del Jurado.

El juez, invitando a Gaines, ordenó:

—Señor Gaines, avance hasta el centro del salón. Ahora examine a ese individuo y diga honradamente si cree que fue el mismo que les asaltó a ustedes.

El cajero, pálido e inquieto, miró a todas partes como si buscase la salida, y luego balbuceó;

—Así… juraría que era él… pero preferiría oírle hablar. Que repita la frase que dijo a su futuro suegro.

—¿Cuál fue?—preguntó el juez.

—«Bradley, deje caer ese revólver al suelo».

El juez se volvió a Jack, ordenándole:

—Repítala en voz alta:

A través de la mordaza se oyó la sentenciosa frase, y mientras Nora se incorporaba lanzando un grito de terror, Gaines, más pálido, se volvía al juez afirmando:

—¡Juro que es la misma voz que al ordenar tal cosa!

El juez se volvió a Ned que seguía con ojos inescrutables la emocionante identificación, y gritó:

—Señor Morgan, ocupe el sitio del testigo. Usted acaba de oír el grito, tiene delante al acusado, ¿le reconoce como el salteador que le robó la valija?

Ned se quedó dudando y repuso:

—No me atrevo a jurarlo; sin embargo, todo coincide, y en

cuanto a la voz era así de ronca y opaca. No puedo decir más.

El testigo fue retirado y el juez ordenó al ranchero avanzar. Este, nervioso, pero enérgico, advirtió:

—Señor juez, le creo animado de honradas intenciones, pero estimo que esto es una farsa. No se puede juzgar y condenar a un hombre con pruebas tan vagas, ni nadie honradamente en el mundo puede hacer la afirmación que acaba de hacer el señor Gaines. ¡Me siento asqueado de verme aquí!

Un murmullo de voces amenazadoras surgió en la sala.

La osadía del ranchero era un insulto al tribunal y el juez le increpó enérgico:

—Es justo que ante la situación de usted respecto al acusado, adopte esa actitud piadosa; pero poco en consonancia con la ley. Usted podrá perder sin protesta unos miles de dólares, pero no puede usted jugar con la vida de un hombre como Teomey, que murió vilmente asesinado por quien usted pretende defender. Su testimonio es capcioso.

—Y para mí lo son los demás. Me niego a declarar.

El juez llamó a Nora al lugar de los testigos. La muchacha, densamente pálida, avanzó.

—¿Jura por Dios decir la verdad?

—Lo juro—afirmó con energía.

—¿Reconoce usted en ese hombre al que les asaltó el anochecer del día 14 en el camino de Dolores a Mancos?

—¡¡No...!!

—¿Cómo puede usted afirmarlo tan categóricamente?

—¿Ha hecho usted esa misma pregunta a los que le acusan?

—La pregunto a usted.

—Y yo le respondo. No le reconozco, porque no era él. Yo tengo más motivos que ninguno para conocerle y nada de cuanto los demás afirmen es cierto. Se parece como se parecerían muchos de los aquí presentes si les vistiesen con la misma ropa y les colocasen ese antifaz y ese pañuelo. En cuanto a la voz, todas se desfiguran a través de esas mordazas y cuando se siente el miedo que el señor Gaines sentía y el señor Ned trató de ocultar, no hay quien en el mundo reconozca una voz después al saberse sereno.

Un murmullo indefinido circuló por la sala. Las palabras de la muchacha, sensatas y justas, parecían iniciar una reacción en favor del preso, y cuando el juez iba a hablar y Cliff se levantaba nervioso para interrumpirle, una voz viril, enérgica y clara, vibró desde los bancos, diciendo:

—¡Así se habla, señorita! ¡Esto es una comedia indecente que sería muy divertida, si en ella no se jugase con la vida de un hombre!

Todos volvieron la cabeza hacia Sol que se había levantado de su asiento mostrando su figura alta y flexible, y el juez, indignado, se dirigió a él gritando:

—¿Quién es ese osado que se ha permitido dirigir tales insultos al Jurado?

—Yo... si es que no me ha visto usted bien, señor juez. Me llamo Sol King y estoy aquí esperando que se me cite como testigo de descargo.

Todos le miraron con asombro, y Cliff, sin poderse contener, se dirigió al juez diciendo:

—¡No le haga usted caso, que es un impostor! Está en combinación con Jack y su novia para evitar que se cumpla la justicia. Quisiera saber cuánto le ha pagado para que se presente espontáneamente a declarar siendo un desconocido.

Sol le lanzó una mirada de desprecio y afirmó:

—Si no fuese usted un sapo vil y cobarde le haría tragar esas palabras a tiros. Pero sería más conveniente que explicase usted al Jurado por qué luce esos cardenales en el rostro. Si no se atreve a hacerlo, juro que le proporcionaré otros peores para que no pueda ocultarlos.



Cliff, fuera de sí, llevó la mano al revólver...

Cliff, palideciendo, bramó:

—¿Por qué no voy a explicarlo si lo creen preciso? Usted me los hizo anoche, cuando la señorita Bradley me visitó en mi casa para sobornarme. ¡Pretendía que yo influyese en el Jurado para que Jack no fuese condenado a la horca!

Un rumor de mar embravecido se levantó en la sala al oír la afirmación, y todos se volvieron hacia Sol en actitud amenazadora, pero el bravo joven, con la mano apoyada en la culata del revólver, dominó el tumulto diciendo:

—¿No será más verdad que le noqueé por pretender abusar de la señorita Nora, que había ido a decirle que honradamente no se podía acusar a su novio de ese crimen? ¿No es más cierto que lo hizo porque sabía que ese Jurado es hechura suya, que fallará lo que usted quiera, y no es más cierto que usted ofreció emplear esa influencia salvando la vida del acusado por una larga condena, si ella accedía a casarse con usted y que al negarse, usted pretendió besarla?

Cliff, furioso ante las acusaciones, bramó:

—¡Mientes, vil forastero!

Sol, pálido de ira, repuso:

—Cliff, cuando termine el juicio, prepárese: que le voy a deshacer la boca hasta hacerle tragarse esa lengua venenosa que tiene. ¡Sol King no miente jamás! Y ahora, señor juez, me toca a mí declarar, y vengo a hacerlo porque es un deber de justicia. Todo cuanto ha asegurado el preso es cierto. Esta tarde, a la hora en que el asalto se cometía, él se encontraba en un bosque a quince millas al Norte cerca del nacimiento del Mancos, cazando un oso negro.

Cliff rio nervioso, diciendo:

—¿Quién le ha enseñado esa lección tan bien?

—La luz de la tarde, que me permitió verle hacer frente al oso, primero con un rifle y después con el revólver. Le mató de un tiro en la cabeza, disparado con la mano izquierda y yo lo presencié desde una colina próxima.

Jack, emocionado, se había arrancado el antifaz y el pañuelo, y contemplaba con ojos de asombro a su espontáneo defensor, mientras Nora, tan asombrada como él, rompía en un sollozo de angustiosa alegría.

Un nerviosismo especial reinó en la sala ante la intervención insospechada de Sol. Las opiniones se habían dividido en dos bandos y las voces atronaban la sala, impidiendo oír claramente lo que se decía.

El juez amenazó con echar a todos del local y esta amenaza pareció calmar un tanto la agitación que el forastero había producido.

Cliff, que se había inclinado a cambiar impresiones con el Jurado haciéndoles signos imperiosos, se irguió de nuevo desencajado y rabioso, y gritó:

—Señor juez, yo recuso un testigo tan impertinente y amenazador. No se puede admitir que un matón venga a imponer

sus argumentos amenazando a la gente y coaccionándola. Si era cierto que podía alegar algo en favor del acusado, ¿por qué no se presentó a su debido tiempo y pidió ser testigo en el proceso? ¿Por qué surge de improviso y tratando de imponerse por la amenaza y el terror? ¿Puede creerse en sus afirmaciones de esta forma? No... Yo le acuso de estar en combinación con el procesado y con los que tienen interés en salvarle de las garras de la justicia, y aún más: le acuso de ser un cómplice de Jack, quien posiblemente habrá recibido una parte en el botín para presentarse a defenderle tan espontáneamente.

La acusación volvió a producir efecto. Los asistentes, influenciados por las palabras de Cliff, se revolvieron airados, y Sol, poseído de una rabia sorda ante la habilidad de su contrincante, afirmó con voz potente:

—Cliff: le he prometido arrancarle esa lengua de escorpión y lo haré por la memoria de mi padre. Prepárese a quedarse mudo a mis manos.

Cliff, fuera de sí, llevó la mano al revólver, gritando:

—¿Qué hacéis ya que no acabáis con ese matón?

Un tumulto enorme se produjo en la sala. Los presentes tomaron partido unos por el acusado y otros por Sol, y los revólveres brillaron amenazadores.

Cliff, furioso, disparó contra Sol, errando el tiro, pues aquél se había inclinado rápidamente al observar su actitud agresiva, pero a su vez disparó contra él.

Uno de los del Jurado, al inclinarse a un lado, recibió el impacto y cayó de bruces sobre la improvisada mesa, en tanto que sus compañeros respondían al reto y alguno de los asistentes a su vez, disparaban sobre ellos.

Sol, saltó como un tigre, ganando la calle ante el temor de ser alcanzado por los disparos, y un maremágnum horrible se produjo en el local al dividirse las opiniones.

Mientras unos pretendían correr en pos de Sol, otros trataban de protegerle, y la batalla se generalizó, saliendo unos y otros a la calle en medio de una lucha aterradora.

Varios de los partidarios de Cliff, ganando una de las puertas, salieron en persecución del audaz joven, pero éste, desde el caballo, disparó rabiosamente teniéndoles a raya y alcanzando a varios de ellos que mordieron el polvo de la calzada debido a su diestra puntería.

El pueblo entero vibraba en la lucha, y Sol, temiendo ser destrozado por los muchos partidarios de Cliff, abandonó Mancos a todo galope, prometiéndose volver para intervenir de nuevo con más eficacia en el asunto.

De momento había sembrado la discordia entre todos. Más adelante se aprovecharía de ello para ayudar al preso, y si éste era condenado, entonces... Lo salvaría aunque tuviese que asaltar la cárcel y arrancárselo de las manos al *sheriff*.

CAPITULO VI

UN ASALTO DRAMATICO



OMÓ So1 una rápida decisión. Cuando dejó atrás a sus perseguidores burlándoles sin gran trabajo, dio la vuelta y se dirigió a todo galope al rancho de Bradley. Se iba, intrigado, sin conocer el fallo definitivo del tribunal, y era para él elemental conocer cómo había terminado aquél trágico juicio.

Escondió el caballo entre un espeso soto y aguardó lleno de impaciencia. El tiempo transcurría con una lentitud agobiadora y sus nervios no podían aguantar aquella tensión incierta.

Por fin, dos horas más tarde, el calesín del ranchero apareció por la vereda que conducía al rancho, y cuando se detenía ante la cerca Sol surgió como una sombra, acercándose al calesín.

Nora, al verle, lanzó un pequeño grito y luego rompió a llorar con desconsuelo, mientras el ranchero, acercándose a él emocionado, estrechó su mano diciendo:

—Muchas gracias, joven, por su valiente intervención en favor de ese infeliz; pero me temo que pese a su buena voluntad ha sido más contraproducente que beneficiosa. Su intromisión ha causado un puñado de heridos y dos muertos. El *sheriff* le anda buscando como un loco y si le atrapan, mal lo va usted a pasar.

—Déjele que galope tras de mí, que trabajo le mando. Lo que me interesa es saber cómo ha terminado aquella farsa.

—Puede usted figurárselo. Cliff ha impuesto su criterio y el Jurado, hechura suya, le ha condenado a ser colgado de un árbol. Mañana se cumplirá la sentencia, sin que nadie pueda evitarla.

—De eso tenemos aún que hablar mucho, señor Bradley. Yo no me he quedado aquí para consentir que se lleve a cabo una venganza tan vil como ésa y han de contar conmigo antes de llevarla a cabo. No conocía a Jack para nada ni sabía una palabra del suceso hasta que llegué aquí incidentalmente, pero les juro que lo que afirmé era cierto. La suerte me llevó a ser testigo de las declaraciones de su futuro yerno y le vi cómo se deshacía del oso

valientemente. El Jack que ha asaltado la diligencia no es más que un vil impostor y vulgar salteador que pretende deshacerse de Jack, no sé por qué motivo y me he propuesto aclarar este asunto hasta colgar al verdadero culpable.

Nora, al oírle, toda esperanzada, tomó sus manos, estrechándolas con emoción y afirmó:

—¡Oh! ¡No sabe usted el alivio que da a mi alma con sus afirmaciones! He visto todo lo que es capaz de hacer y le juro que quedo tranquila ante sus promesas. El corazón me dice que usted solo logrará demostrar la inocencia de Jack salvándole de las garras de esos asesinos y, si así es, mi agradecimiento será eterno.

—Gracias, joven. Me alegro que se resigne a esperar y ponga esa confianza en mí. He hecho una promesa y la cumpliré, o correré por adelantado la misma suerte que su prometido. Voy a ponerme en campaña inmediatamente.

—¿Qué es lo que pretende usted hacer?—preguntó el ranchero inquieto.

—Sacar esta misma noche a Jack de la cárcel y ponerle a salvo mientras encuentro las pruebas de su inocencia.

—¡Pero eso es imposible!—afirmó Bradley asustado—. El *sheriff* habrá puesto vigilantes en la cárcel y nadie podrá penetrar en ella ni a tiros.

—Eso lo veremos. Escúcheme bien. Yo estoy convencido de que en este asunto juegan un papel importante varios individuos y que aquí la autoridad no es más que un mito en manos de ese Kelly. He tomado muchas notas y me he afianzado en mi creencia de que tanto el juez como el *sheriff*, y no hablemos del Jurado, actúan bajo las órdenes de Cliff. El interés que éste tiene por suprimir a Jack ya lo he visto; pero esto es sólo una parte. Falta por averiguar quién se aprovecha de los atracos que le sirven para extremar su presión contra Jack, y lo averiguaré. Soy el más respetuoso con la Ley cuando ésta la ejercen personas honradas, pero cuando está en manos de canallas o gente mercenaria, les detesto y les persigo. Mi padre fue un *sheriff* honrado, y por serlo le asesinaron vilmente. Castigué a los asesinos descubriéndoles, y juré convertirme en un vengador en memoria de mi pobre padre. ¡Voy a cumplir mi juramento!

Bradley trató de disuadirle, pero él se mostró firme y confiado. Conocía la mentalidad de cierta gente y estaba convencido de que le creerían huido después de su fracaso y que nadie pensaría en que tuviese la intención de ejecutar un plan tan audaz.

Se despidió del ranchero y su hija dejando en ellos un fuerte sentimiento de confianza, y para hacer tiempo se entretuvo en recorrer los alrededores del rancho, siempre procurando moverse

por sitios cubiertos y con la atención bien despierta por si era sorprendido por sus perseguidores.

Pero éstos parecían desorientados.

Seguramente le estarían buscando por las afueras del pueblo, o acaso habrían desistido de hacerlo, suponiéndole camino de Durango o refugiado en las montañas Red, propicias a brindar asilo a cualquier proscrito.

Sol, paciente y confiado, esperó que la noche cerrase completamente y cuando la calma parecía reinar en Mancos y su ritmo habitual de vida había adquirido el pulso normal, emprendió el regreso, dispuesto a llevar a cabo su difícil misión.

La cárcel de Mancos era un pequeño edificio aislado, que se levantaba en un callejón a espaldas de la plaza, donde el *sheriff* tenía establecidas sus oficinas.

No siendo Mancos un lugar populoso, la cárcel estaba a tono con su capitalidad, y el pequeño edificio contaba con una doble planta: la alta destinada a servir de vivienda a la familia del carcelero, y la baja, con media docena de celdas de recia puerta y grandes cerrojos, a servir de hospedaje a los indeseables que debían cumplir condenas no excedentes de seis meses de pena.

El edificio mediría unos diez metros de fachada por ocho de fondo y solamente poseía una entrada con una pesada puerta de roble. El resto se componía de ventana con rejas difíciles de mover.

Algunos árboles centenarios rodeaban el edificio por sus costados y parte trasera. Eran robles y castaños centenarios, cuyas gruesas ramas se extendían en todas direcciones, rozando algunas las paredes del edificio o el pino tejado de cañizo.

Sol, amparado en las sombras de la noche, se deslizó hasta cerca de la prisión, y aprovechando un cobertizo medio oculto a la espalda de una empalizada, escondió el caballo en él para tenerle lo más a mano posible y no darlo a ver, para no llamar la atención.

Seguro de que sus dos revólveres funcionarían sin fallo alguno en caso preciso, se pegó a las paredes de las casas vecinas y avanzó hacia la prisión, dispuesto a estudiar el terreno antes de aventurarse a un asalto que podía fracasar con perjuicio propio y del preso.

Discretamente asomó la cabeza por la esquina de un edificio y echó un vistazo a la prisión, que caía casi enfrente del lugar donde se encontraba, descubriendo que uno de los ayudantes del *sheriff*, armado de rifle, se hallaba sentado en el escalón de entrada fumando flemáticamente su negra pipa.

Aquel era el primer inconveniente y acaso el más serio que podía presentársele para alcanzar la entrada. Apenas diese unos pasos llamaría la atención del vigilante, y si éste le recibía a tiros, no sólo le detendría antes de poder hacer nada, sino que llamaría la

atención de la gente y se vería acosado por docenas de enemigos que frustrarían su intento.

Convencido de que intentar forzar la puerta debía ser un último y desesperado recurso, se deslizó suavemente pegado a las paredes, y dio la vuelta, alcanzando la prisión por su parte trasera. Esta no se hallaba vigilada y como daba a un descampado convertido en vertedero de basuras, podía moverse con más soltura sin temor a ser descubierto.

Con atención profunda examinó el edificio. Este poseía unas ventanas altas con reja, difíciles de escalar y más difíciles de asaltar, pues carecía de herramientas para atacarlas.

El tejado pino podía ser una solución. Ignoraba su resistencia y si presentaría alguna brecha atacable, y tenía necesidad de averiguarlo antes de apelar a medidas extremas.

Estudió los árboles más cercanos y por fin eligió uno cuyas ramas altas rozaban el tejado. Treparía por el tronco y, pasando por una de aquellas ramas, alcanzaría fácilmente el tejado.

Como un simio gateó por el roble hasta llegar a las primeras ramas, y ya allí, el resto de la ascensión se presentaba fácil.

Cruzó por la rama transversal y con cierta dificultad pudo asirse al voladizo saliente del tejado, hasta encontrarse sobre él en postura difícil, pues era muy inclinado y amenazaba con dejarle escurrir para lanzarle a tierra desde una altura de más de siete metros.

Por fin, gateando pausadamente, consiguió avanzar hasta situarse en una especie de respiradero que se abría hacia afuera por medio de una trampa de madera. Aquel hueco debía haberse abierto sin duda para alcanzar el tejadillo y poder proceder a repararle cuando los vendavales del Norte barrían el tejado y se llevaban parte de la techumbre.

Tanteó con cuidado la trampa. Si ésta no se hallaba cerrada por dentro, lo peor estaría solucionado, pues una vez en el interior del edificio contaba con el factor sorpresa para liberar al prisionero, y con su ayuda batir a los que le guardasen y alcanzar el exterior, huyendo antes de que pudieran cortarles la fuga.

Por fortuna nadie se había cuidado de asegurar el cerrojo que impedía levantar la trampa, y Sol, muy divertido con la maniobra que estaba ejecutando, alzó el cuadro de madera y se deslizó dentro.

Una tosca escalerilla de madera adosada a la pared le permitió alcanzar piso firme, y con los revólveres amartillados avanzó a tientas, buscando una salida.

Aquello estaba tan oscuro que no encontraba forma de abandonar el estrecho desván y, aventurándose, encendió su yesquero sólo por un momento.

Por fin encontró la salida por una estrecha puerta y, apagando la mecha se encontró en un pasillo iluminado débilmente por una pequeña ventana que daba a una de las fachadas.

Pisando levemente para no hacer crujir la vieja madera del piso, cruzó por delante de algunas habitaciones que aparecían cerradas. Debían pertenecer a la familia del carcelero, pero en ninguna descubrió luz artificial ni captó ruido de alguna clase.

A mitad de camino descubrió la pina escalera que descendía al piso bajo, y asomado al vano echó un vistazo.

De abajo llegaba la rojiza claridad de algún quinqué y un rumor de voces confusas. El *sheriff* debía haberse preparado ante la eventualidad de sucesos imprevistos, reuniendo una guardia especial para custodiar al preso en su última noche de vida.

Sol descendió quedamente la escalera, atento a cualquier reacción imprevista de los guardianes. Necesita ante todo conocer el número de los posibles enemigos contra quienes tendría que enfrentarse, para organizar el ataque con ciertas probabilidades de éxito

Desde el tosco barandal abarcó a un lado y otro de la escalera una estancia amplia, al frente de la cual había una puerta entreabierta. La estancia, iluminada por un quinqué de petróleo colgado en la pared, aparecía sombreada en su lado derecho, mientras que en el izquierdo, sentados en torno a una mesa, cuatro individuos en quienes Sol reconoció otros tantos miembros del Jurado que condenara a Jack, entretenían la velada jugando a los naipes.

Sol hubiese deseado poder pasar desapercibido para orientarse y encontrar el calabozo donde el preso debía estar recluido; pero su idea no era posible. En cuanto descendiese unos escalones más y abandonase la zona sombreada, sería descubierto, y no le cabía otra solución que sorprender a los cuatro guardianes e inutilizarles para la defensa.

Decididamente, descendió hasta el límite que la impunidad le permitía y luego, de un salto, ganó los escalones que aún le restaban, plantándose en el centro de la estancia con los dos revólveres empuñados cubriendo la mesa:

—¡Arriba las manos!... ¡Pronto, o me lío a tiros con los cuatro!

Estos se levantaron de las banquetas, como impulsados por un resorte, pero no se atrevieron a iniciar ningún otro movimiento agresivo. Los revólveres de Sol eran tan elocuentes y amenazaban tan de cerca sus pechos que levantaron las manos en alto, quedando en tal postura, mientras le fulminaban con los ojos.

Sol, sin perder la serenidad, ordenó:

—Córranse a la derecha y arrímense a la pared... ¡Cuidado en

unirse uno a otro o disparo!

Los sorprendidos obedecieron, y cuando los tuvo libres del obstáculo de la mesa que le impedía avanzar, volvió a ordenarles:

—Uno a uno, empezando por la derecha, vuélvanse cara a la pared con las manos en alto apoyadas en ella. No jueguen con sus riñones si los tienen en estima, o les meteré una bala del 45 en ellos.

Los guardianes se volvieron de espaldas con los brazos bien altos y las palmas de las manos apoyadas en las tablas de la pared, y Sol, sin perderles de vista, fue acercándose a ellos uno a uno y arrebatándoles el revólver.

Cuando tuvo las cuatro armas en el bolsillo y los dejó desarmados, sonrió irónico diciendo:

—Me parece que no será con esta guardia con la que el digno *sheriff* de este pueblo evite que Jack pueda fugarse librándose de ser colgado. Hagan el favor de ponerse en fila y encaminarse a la celda del preso. Tengo muchas ganas de saludarle personalmente.

Por un momento, vacilaron; pero la actitud de Sol era tan elocuente, que no se atrevieron a desobedecerle.

Puestos en fila custodiados por Sol, que desconfiaba mucho de su aparente mansedumbre, torcieron a la izquierda, enfilando un estrecho pasillo, a cuyo lado derecho se alineaban varias puertas con gruesos cerrojos que se corrían desde el exterior.

Al lado de cada puerta se abría, un ventanillo estrecho, con una reja que lo dividía en cuatro cuadros y a través de ella podía verse el interior de la celda y entregar al preso los alimentos sin necesidad de abrir la puerta.

Sol echó un rápido vistazo por la mirilla al pasar, descubriendo en el interior a la luz del quinqué que alumbraba el pasillo, un bulto tumbado sobre una yacija en el suelo.

El preso, a pesar de saberse condenado a tan mortal pena, se había dejado vencer por el sueño.

Sol lanzó un grito advirtiendo:

—¡Atención, Jack, prepárese, que tiene una visita muy importante! Vengo a salvarle.

Jack se levantó de un salto asomándose al ventanillo, y al descubrir a Sol encañonando a los cuatro vigilantes, sonrió infantilmente diciendo:

—¡Por los cuernos de un búfalo! ¿Qué clase de hombre es usted, forastero?

—Un poco más duro que esta cuadrilla de chacales sin dientes. Prepárese que van a libertarle.

Señalando la puerta con los revólveres, ordenó:

—¡Descorrer el cerrojo!

Uno de los vigilantes obedeció, abriendo la puerta. Jack apareció en el vano, pero en el momento en que cruzaba por delante del que le había franqueado la salida, éste aprovechó un instante propicio para darle un violento empujón lanzándole sobre Sol, el cual, por la fuerza del impulso, retrocedió de espaldas contra la pared tapado por el preso.

Uno de los revólveres se disparó a causa de la sorpresa que le había producido el choque, y cuando quiso reponerse para hacer frente a sus enemigos, éstos se hablan arrojado sobre ellos formando un compacto grupo, que apenas podía debatirse en la estrechez del pasillo.

Sol, dándose cuenta de que en aquel hacinamiento era imposible hacer uso de las armas, sobre todo teniendo junto a él a Jack que se revolvía violento contra sus agresores, soltó los revólveres y furioso por haberse dejado sorprender de aquella manera y más furioso aún a causa del disparo que debía haber puesto en conmoción al vigilante exterior y quién sabía si a alguien más, se agitó iracundo moviendo sus elásticos y poderosos puños dando y recibiendo puñetazos sin tregua.

La lucha en aquellas condiciones era bastante desigual, pues aunque Sol y Jack eran hombres duros y recios, sus enemigos no tenían nada que envidiarles y ambos se veían obligados a hacer frente a doble número de contrincantes con la natural desventaja.

Pero la rabia y la desesperación centuplicaban sus fuerzas. Ambos estaban convencidos de que si les vencían correrían una suerte trágica, y como fieras atacaban a sus enemigos, los cuales rugían de rabia y lanzaban gritos estridentes para llamar la atención y procurarse nuevos refuerzos.

Sol, apelando a toda clase de recursos, empleaba brazos y piernas y su cuerpo era un ariete administrando golpes brutales, que sus rivales encajaban con rugidos de dolor y de ira.

Su afán era abrirse paso entre el grupo para ganar la salida, pero una muralla humana cerraba el paso y parecía imposible romperla.



Los asaltantes, resguardándose lo mejor posible, disparaban tratando de alcanzar a su audaz enemigo...

Le dolían los puños de administrar golpes y la cabeza de recibirlos, pero lleno de entereza, buscaba un punto vulnerable para romper el cerco.

Rabioso gritó a Jack que peleaba con el mismo denuedo que él:

—¡Adelante! ¡Rompamos esta estúpida muralla o nos cogerán como conejos en una trampa!

Dando el ejemplo se lanzó con la cabeza baja sobre el grupo que peleaba, intentando formar un bloque obstruyente. Su dura testa

chocó contra un pecho que crujió como una armadura de paja y el agraciado con aquel cabezazo brutal cayó de espaldas lanzando un rugido de agonía.

Sol saltó por el hueco, obligando a los guardianes a dividirse para hacerles frente, y Jack aprovechó el claro para imitar a Sol y pasar al lado contrario.

Fuera se oían gritos llamando a alguien, y Sol, temiendo verse cogido entre dos fuegos, rugió:

—¡Si en algo estima su vida, sígame, Jack!

Como un meteoro se lanzó a la estancia donde había sorprendido a los guardianes y de dos saltos ganó la escalera, mientras Jack, desembarazándose del terrible abrazo de uno de sus enemigos que pretendía retenerle, le imitaba.

En aquel momento aparecía en la estancia el individuo que guardaba la puerta exterior. Llevaba el revólver en la mano y al ver saltar a Jack intentó disparar, pero ya Sol había extraído del bolsillo dos de los revólveres que había quitado a los guardianes y disparaba sobre él de modo fulminante,

El guardián soltó el arma llevándose las manos al hombro, y Sol, entregando un revólver a Jack, advirtió:

—Siga adelante por ese pasillo hasta encontrar una pequeña estancia con una escalera. Súbala y saldrá al tejado. Por la rama de un roble podrá saltar a tierra. ¡Rápido; yo defenderé la escalera mientras!

—Pero usted...

—No se preocupe. Ya le seguiré. ¡Márchese!

Jack obedeció, y Sol, tumbado en el descansillo que formaba el final de la escalera, defendía ésta con el revólver, dispuesto a no dejar subir a nadie mientras su compañero emprendía la fuga.

Los cuatro guardianes magullados terriblemente, acudieron a la estancia. Habían recogido las armas que Sol se viera obligado a abandonar y se lanzaron en tropel hacía la escalera, pero dos detonaciones les obligó a retroceder, aunque Sol habla disparado al aire, pues le repugnaba herir sin una necesidad absoluta.

Los asaltantes, resguardándose como mejor les fue posible, disparaban tratando de alcanzar al audaz enemigo, pero éste, bien escudado por la altura, sonreía al observar el inútil gasto de municiones y, de vez en vez, disparaba para advertirles lo peligroso que resultaría intentar el asalto.

Uno de los vigilantes, desesperado, gritó:

—Bill: corre en busca de refuerzos. Hay que rodear la prisión para que no puedan escapar.

El aludido salió corriendo a cumplir la orden, y Sol, seguro de que el resto no se atrevería a ascender la escalera en algún tiempo,

inició la audaz retirada.

Sin producir el más leve ruido para que no se diesen cuenta de su desaparición y pudiesen seguirle, se escurrió hacia atrás, y cuando se consideró fuera de la posible mirada de sus enemigos, corrió hacia la estancia de la escalerilla por la que ya había pasado Jack.

Alcanzando el tejado por la trampa, desde ella, a la luz de la luna, distinguió al bravo muchacho gateando por la rama transversal del roble para ganar el tronco.

Lleno de impaciencia tuvo que esperar. La rama podía sostener a uno con seguridad, pero los dos corrían el peligro de troncharla y caer desde una altura peligrosa.

Acababa de pasar Jack, y Sol se disponía a imitarle, cuando a su espalda captó un leve ruido y, al volverse, distinguió en el borde de la trampa un brazo que armado de revólver asomaba trágicamente, al tiempo que una cabeza de pelo ralo surgía por el hueco.

Fríamente disparó. La cabeza se hundió en el vano y un alarido impresionante siguió al disparo.

Agarrándose a la rama, gritó a Jack:

—No baje aún. Vigile esa maldita trampa por si surge algún otro osado y dispara sobre mí.

Jack quedó en la bifurcación de la rama con el revólver preparado; pero nadie se sintió tan temerario para repetir la prueba y, momentos después, ambos se encontraban reunidos en la horquilla de la rama.

—Deslícese rápido—ordenó a Jack—. Creo que tenemos los segundos contados.

Violentamente se dejaron escurrir por el áspero tronco medio destrozándose la ropa, alcanzando por fin el piso firme.

En aquel momento, por el otro lado, se percibió un galope de caballos que se acercaba raudamente, acompañado de gritos y maldiciones impresionantes.

Sol, señalando el descampado, ordenó en voz baja:

—¡Por allí! Daremos la vuelta. Tengo el caballo escondido en un cobertizo a un lado de esas callejas. Si logramos alcanzarlo antes de que se den cuenta por donde nos hemos fugado, estaremos a salvo.

Corriendo como gamos, se alejaron del edificio de la prisión por su parte trasera, para describir un gran arco y luego, deslizándose entre casitas aisladas y tapiales de huerta, se aproximaron al lugar donde Sol, previsor, tenía escondida su montura.

Felizmente llegaron hasta allí y Sol, obligando a Jack a montar, exclamó:

—Ahora que nos sigan si quieren. Me parece que van a correr poco para lograr alcanzarnos.

El caballo partió a galope, en el momento en que varios jinetes, diseminándose por los alrededores, iniciaban una batida. Sol les sintió galopar próximos a ellos, pero no hizo caso. La distancia que estaba interponiendo entre ambos y sus perseguidores era una garantía, confiando en la velocidad y resistencia de su fiel cabalgadura.



CAPITULO VIII

UN DESCUBRIMIENTO PELIGROSO



CULTO en una cueva del monte, bien resguardada por una espesa maraña de moreras salvajes, Sol descabezó un poco el sueño, y cuando la luz llegó hasta el escondite a través de los arbustos, se levantó más descansado y con el ánimo más tenso para llevar adelante sus meditados planes.

Se chapuzó ampliamente en un frío arroyo que descendía por los peñascales, desayunó unos trozos de tocino con pedazos de torta de maíz reseca y, encendiendo su pipa, se dispuso a abandonar su refugio.

—¿Es indiscreción preguntarle dónde piensa ir usted?— interrogó Jack, nervioso.

—No; pero pretendo correr yo solo el peligro de esta aventura.

Jack protestó enérgico:

—Si es en beneficio mío, protesto y no lo consentiré. Ha corrido usted demasiados peligros a mi cuenta y no puedo permitir que se exponga a uno nuevo.

Sol le rechazó afirmando:

—Usted tiene un padre a quien atender y una novia por quien velar. Yo no tengo a nadie en el mundo y puedo permitirme el lujo de exponer una vida, que no arrancará una lágrima de cariño. Quédese y espere. Si me sucediese algo, queda usted libre para actuar, e incluso poder ayudarme como yo le he ayudado. No corramos los dos el mismo riesgo cuando no es necesario.

—Me resignaré si me dice qué idea lleva.

—Una muy sencilla: la de visitar a Cliff en su Banco y resolver el asunto de la hipoteca del rancho de su padre. Cliff no puede llevar a término esa canallada que intenta y se lo voy a demostrar.

—Pero se expone a que le prendan por el asalto a la prisión y por ayudar a mi fuga.

—No se preocupe por eso. Me temo que Cliff se sienta demasiado ocupado para preocuparse de mí personalmente. Por otro lado, con esta ropa que me ha prestado usted, me siento más

seguro para pasar desapercibido. Es temprano y a estas horas no habrá mucha gente por el poblado.

—Me da vergüenza quedarme aquí escondido como una comadreja mientras usted expone valientemente el físico…

—Escuche —exclamó repentinamente Sol—: se me ocurre algo que también puede ser expuesto, pero que puede producirle algún beneficio. Yo tenía intención de echar un vistazo por los alrededores del lugar donde fue asaltada la diligencia. ¿Por qué no se larga y visita aquello?

—¿Qué cree que puedo encontrar?

—Algún rastro que le lleve hasta el falso Jack, el Zurdo, que opera en su nombre. Por allí debe haber algo que conduzca a una pista.

Jack, no muy convencido, asintió. Tenía tanta confianza en Sol, que estaba dispuesto a obedecer a este sin discutir sus ideas.

—Bien, iré; por ello no se pierde nada.

—Pero vaya con cuidado. Ahora está usted libre y a lo mejor reaparece su doble dispuesto a cometer algún otro latrocinio que acabe de hacerle odioso a la gente. No lo olvide.

Jack, impresionado, prometió cumplir el encargo, y Sol, tranquilo, montó a caballo y abandonó el refugio para salir al llano dando un gran rodeo.

Buscando la protección de los árboles, se fue acercando al poblado sin descubrir nada que le indicase que era objeto de una enconada persecución y sin encontrar señales de vigilancia ante el temor de que pudiera aparecer por el pueblo.

Debían creerle a muchas millas, en compañía de Jack, para burlar la persecución, y lo que menos sospechaban era que cometiese la osadía de volver a Mancos donde suponían que ya nada tenía que hacer una vez libre el prisionero.

Temeroso de ser reconocido por el caballo, lo ocultó en unas depresiones del terreno en los aledaños del pueblo, y deslizándose por los sitios más despoblados, fue alcanzando el interior.

Se había inclinado las alas del sombrero sobre la frente para sombrear el rostro y con aquel traje que le había prestado Jack en nada se parecía al forastero a quien ellos habían perseguido horas antes.

Por fin, sin ser descubierto, alcanzó la calle donde estaba instalado el Banco Agrícola Ganadero, un edificio bastante elegante, de ladrillo y piedra, compuesto de dos pisos y una linda terraza cubierta por un amplio toldo que le prestaba grata sombra.

Sol, con gesto decidido y el revólver amartillado en el bolsillo de la chaqueta, penetró por el sombreado zaguán, ascendiendo una docena de escalones que le enfrentaron con un amplio salón,

cortado de izquierda a derecha por una galería de madera, con ventanillas abiertas sobre las que diversos letreros indicaban los distintos menesteres que se podían resolver a través de ellas.

En la ventanilla de cobros, un ranchero, con la cabeza casi dentro del vano, resolvía algún asunto, y Sol, para no darse a ver, se volvió de espaldas, y acercándose a un pupitre clavado en la pared fingió rellenar uno de los varios impresos que encontró.

Pero sus ojos no perdían de vista las ventanillas, así como dos puertas casi unidas que se abrían a la izquierda del vestíbulo. Sobre la primera se leía «Dirección», y en la segunda, «Cajero-Administrador».

El ranchero se separó de la ventanilla y en voz alta dijo al dependiente:

—Salude al señor Gaines de mi parte y dígale que no quiero entretenerle y por eso no le saludo. Ya le veré otro día. En cuanto al señor Cliff, dígale cuando venga que el lunes tengo que venir a resolver un asunto urgente con él.

—Bien, señor Morris —dijo el dependiente—, se cumplirán sus encargos. El señor Cliff tardará aún una hora; en cuanto al señor Gaines, si quiere decirle algo, en su despacho le tiene.

—No, gracias. No quería más.

El visitante desapareció por la escalera, y Sol, después de un momento de duda, tomó una resolución.

Le intrigaba tanto el cajero como el director y quería aclarar con éste algunas cosas antes de enfrentarse con Cliff.

Como por otra parte resultaba muy peligroso pasar una hora exhibiéndose hasta que apareciese el omnipotente Cliff, le distraería haciendo compañía al cajero sin permitirle moverse de su asiento para que no diese la voz de alarma.

Sin vacilar un momento, se escurrió a lo largo de la pared para no ser visto desde la ventanilla y empujando la puerta del despacho de Gaines, penetró en él.

El nervioso cajero se hallaba sentado detrás de una gran mesa atestada de papeles, colocada al lado derecho de la entrada. Junto a él, más al fondo, una enorme caja de caudales que media docena de hombres no hubieran podido mover, ocupaba un buen trozo del testero, hasta casi la ventana que se abría al fondo de la estancia. Al lado contrario, un asiento doble, forrado de rojo, y cuatro cómodas sillas se pegaban a la pared contraria, y en un rincón había un archivador de madera con tapa corrediza.

Gaines levantó la cabeza al sentir el ruido de la puerta y clavó sus ojillos agudos en el visitante; pero al reconocerle palideció e hizo ademán de abandonar su asiento, cosa que Sol no le permitió con un gesto expresivo y una orden metálica:

—Haga el favor de no moverse de ahí, por si tropieza con algo que pueda hacerle daño en los riñones o en el vientre. El plomo es muy difícil de digerir.

Gaines, como un gato cercado, miró a todas partes y luego terminó por clavar la vista en la caja medio abierta, repitiendo el intento de levantarse para cerrarla.

Sol se interpuso diciendo:

—No se moleste, querido. No vengo en plan de salteador, porque no me llamo Jack, el Zurdo... Quizá sienta tentaciones de echar una ojeada a ver lo que se puede robar legalmente y sin exposición a través de la organización mercantil como ésta. Ahora hablemos de otra cosa.

Gaines, fulminándole con la mirada, afirmó:

—Es usted un osado que pagará caras sus actividades.

—Bien, a la hora del saldo, hablaremos. Ahora me interesa algo más prosaico. ¿Quiere hacer el favor de darme la escritura de hipoteca de la granja del señor Rex Birney?

Gaines, palideciendo, preguntó:

—¿Es ése su juego? ¿Pretende usted robar al Banco ocho mil dólares?

—Pretendo que no le roben a un hombre honrado el producto del trabajo de toda su vida. Cliff es un miserable y con los miserables se procede como merecen.

Gaines, evasivo, repuso:

—Tendrá usted que esperar a que regrese el señor Cliff. Ignoro dónde la guarda.

—¿Con una caja tan grande como ésa no sabe dónde está? Bien, Yo la buscaré, no se moleste.

Ante la amenaza, Gaines, que estaba lívido y desencajado, se levantó gritando:

—¡No! ¡No toque ahí! Yo se la daré, pero no toque esa caja...

Había tal angustia en la petición que Sol, alarmado, le retuvo en su asiento amenazándole con el revólver al tiempo que advertía:

—Le repito que no se mueva. No quiero exponerme a que ahí exista alguna trampa o algún aviso secreto que me obligue a andar a tiros. Yo lo buscaré.

Se acercó a la caja y, con el revólver en una mano, introdujo la otra en el adminículo, buscando legajos de papeles para ponerlos encima de la mesa y hacer que en ellos le fuese buscado el que deseaba.

Una pequeña caja de hierro que había en un rincón llamó su atención y, tomándola por el asa, ésta se movió, levantando la tapa.

Sol echó una rápida ojeada y se sintió extrañado al descubrir unos sobres rotos, con pedazos de lacres estropeados, y al tomar

uno al azar, leyó un nombre que no correspondía al cajero ni a Cliff.

Luego tomó otro parecido y un tercero. Al leer la dirección de éste el más vivo asombro se reflejó en sus ojos.

Iba dirigido a nombre de Rex Birney y en una de las esquinas aparecía escrita una cifra: «8.000 dólares».

Gaines, al observarle, perdida toda prudencia y todo miedo, saltó del asiento y se arrojó sobre Sol, rugiendo como un tigre; pero el joven esquivó el asalto y levantando la mano, dejó caer el revólver sobre la cabeza del cajero, el cual retrocedió cayendo de espaldas al suelo.

Sol se arrojó sobre él y poniéndole el revólver al pecho, rugió:

—¡Miserable!... ¡Bandido!... ¿Qué significa esto? ¿Por qué encuentro en esa caja ese sobre con esa dirección y esa cifra? Está puesto en Dolores, lleva aquí el matasellos de la estafeta y venía como valor declarado... ¡Habla o, como me llamo Sol King, que te clavo un cuchillo en la garganta!

Gaines, medio atontado por el golpe y aterrado por el descubrimiento del forastero, balbuceó:

—Yo... yo no sé... gran cosa... Cliff me hizo guardar ahí esos papeles,.. No sé por qué...

—¿Que no? ¿Va a decirme que no sabía que eran el testimonio del robo de la valija?

—Si... sí... lo sabía; pero yo no podía hacer nada... Debía callar... Cliff me tiene cogido... Un día... yo... yo necesité dinero y tomé unos dólares con intención de reponerlos, pero... lo descubrió y me amenazó con la cárcel. Tuve miedo... entonces... me hizo firmar una declaración reconociendo haber robado mucho más... con ella, me dejaría libre, pero a su servicio... Entonces supe que se dedicaba a negocios ilícitos... ignoro cómo... Yo sólo era el depositario de todo... Esto lo encontré ahí sin saber cómo, y al preguntar... me dijo... me dijo que no me metiera en sus asuntos... Hay más...

Sol, preocupado por algo de más envergadura, preguntó:

—¿Qué valores le robaron a usted en la diligencia?

—Pues... ninguno... Todos están aquí... Yo... sabía que la iban a asaltar... Me advirtió Cliff... por eso estaba nervioso, pero no sabía quién... No sé quién lo hizo...

—Entonces Cliff es el jefe de una cuadrilla de salteadores, ¿no es así?

—No sé más que eso... Me dejé robar como me ordenó... Luego me dio cien dólares por el peligro que corrí y porque declarara que había reconocido a Jack. No puedo decir que le reconociera... Estaba muy asustado...

Sol, que hacía trabajar con rapidez su mente, calculó que Cliff estaría a punto de llegar y le interesaba hacer antes un registro en

la caja.

Sin hacer caso a Gaines que había quedado convertido moral y materialmente en un guiñapo, volvió a la caja y, sacando todo cuanto contenía, lo arrojó al suelo registrando los papeles febrilmente.

En una carpeta encontró, por fin, la escritura de hipoteca de la granja de Rex, que se guardó en un bolsillo, y bastantes papeles y documentos que a su juicio pertenecían a los valores robados al administrador de Correos, y cuando iba a dar fin al registro, un pequeño bulto que encontró en un rincón envuelto en papel fino, llamó su atención y lo puso al descubierto.

Al tomar el contenido entre sus dedos lanzó un grito de alegría. Era un valioso collar y por la descripción que Nora le hiciera el día que la salvó de las garras de Cliff, era el que le había sido robado.

Diciéndose que Cliff era un asno guardando todas aquellas pruebas comprometedoras en su caja se apropió del collar e inclinándose sobre el caído Gaines, exclamó:

—Tú me has ocultado mucho de lo que sabes y te doy a escoger: o me descubres quién es el que efectúa los robos en combinación con Cliff o te saco de aquí y te cuelgo del primer árbol que encuentre.

Gaines lanzó un gemido de angustia y musitó:

—¡Le juro... le juro que lo ignoro! Cliff nunca me dijo cómo... se valía para que llegase a su manos todo eso pero... pero sospecho que quien lo sabe... es... es Tony Kelly...

—¿El *sheriff*? ¡Por el infierno que lo voy a aclarar rápidamente! Siempre he sospechado de ese pájaro y ahora voy a convencerme de lo que tiene bajo las alas... Espera...

Arrancó los cordones de las cortinas y amarró reciamente con ellos al aterrado cajero. Luego le amordazó con su propio pañuelo y, arrastrándole, le sentó en el amplio sillón de cuero.

Realizado esto le registró hasta encontrarle las llaves y, guardando en confuso montón todos los papeles, a excepción de los que había en la cajita y el collar, cerró la caja por medio de una combinación que se reservó para sí.

Cuando llegase Cliff le sería imposible abrirla por desconocer la palabra, y en su momento se verificaría un registro a fondo para poner en claro cuánto contenía de ilegal.

Por fin, tomando la llave que cerraba el despacho, salió al vestíbulo y cerró cuidadosamente, guardando la llave.

Cuando Cliff quisiera penetrar en el despacho no podría hacerlo, ni Gaines podría tampoco indicarle que se hallaba encerrado dentro de él.

Su idea era ganar tiempo para realizar unas cuantas gestiones

muy interesantes que necesitaba llevar a término. Luego regresaría al Banco con quien tuviese autoridad para intervenir y más tarde sería llegada la hora de ajustar cuentas con el miserable de Cliff.

Sin ser observado, abandonó el Banco y salió a la calle, guardando cuidadosamente las pruebas de los latrocinios del banquero. Ahora lo que le interesaba era sorprender al *sheriff* y obligarle a descubrir lo que supiese, y cuando se pusiese en claro quién era el falso Jack, sería la hora de colocar a cada uno en su sitio y proceder al castigo de los culpables.

Y, con un gesto de rabia en los labios, se dirigió resueltamente a las oficinas del *sheriff*.



CAPITULO VII

UNA ENCERRONA FRUSTRADA



RONTO se separaron del poblado galopando por el valle con dirección a los accidentes del terreno que a un par de millas iniciaban al Norte las estribaciones del monte Dix, donde no les sería difícil buscar refugio y traer en jaque a sus perseguidores, si éstos se aventuraban a seguirles por tan abrupto terreno.

Cuando por fin dejaron muy atrás los gritos y las maldiciones, Jack, que se hallaba conmovido por el heroísmo de su compañero y por la lealtad con que había procedido en su favor cuando todos eran a condenarle, se volvió hacia él diciendo:

—Gracias, forastero; ha sido usted el único hombre que ha creído en mi inocencia y el que se ha jugado la vida por defender la mía, que ya consideraba perdida. Si algún día la suerte me ayuda le demostraré que no se ha equivocado y haré cuanto esté en mi mano para corresponder a sus favores.

—No se preocupe, Jack—advirtió Sol—, no soy hombre impresionista, ni me aventuro a tomar partido por nadie si no estoy seguro de que lo dicta la justicia. Yo le vi matar el oso junto al rio Mancos la tarde en que se cometía el asalto a la diligencia y esto me ha bastado para estar seguro de que era usted víctima de una mortal encerrona. Ahora lo que me falta averiguar es quién le ha suplantado y por qué.

—Yo no me lo explico. Claro es que cualquier indeseable ha podido aprovecharse de mi situación, y esto servir a ese miserable de Cliff para sacar partido del suceso; pero le juro que me las pagará como me llamo Jack Birney.

—No se preocupe de eso, que yo también tengo algo que saldar con él y lo saldaré. Me he propuesto llegar al fondo de este asunto y llegaré cueste lo que cueste.

—Le va a ser difícil ya intentar más. Todo el pueblo estará en armas contra usted y si se le ocurre asomar la nariz por el poblado, le freirán a tiros.

—Ya lo veremos. Ahora lo principal es encontrar un buen refugio para dejar pasar el primer momento de furor. Tony habrá movilizado a todos sus secuaces y tratarán de registrar hasta el último rincón viable de localizarnos.

—Eso no me inquieta. Conozco los escondites del monte mejor que ellos. Lo que me preocupa es mi padre. Si tuviera un caballo le dejaría a usted bien escondido e iría a tranquilizarle. Puede usted figurarse cómo estará pensando que dentro de unas horas debo ser colgado.

—Por eso no se intranquilice. Guíe a mi caballo a la granja de su padre y le haremos una visita rápida. Desde allí volveremos al monte.

Jack se negó a ello temiendo que la visita pudiese poner en peligro a su heroico salvador; pero éste se obstinó y el muchacho tuvo que obedecer.

A todo galope volvieron al valle para cortar terreno y dirigirse a la granja, que se hallaba situada al otro lado del valle junto a un hermoso riachuelo que servía para regar la gran huerta que rodeaba la propiedad.

Cuando se acercaban a ella, Jack descubrió una luz solitaria que iluminaba el recuadro de una ventana en la planta baja, y señalándola con mano temblorosa, dijo:

—¡Pobre padre mío! ¡Debe estar velando y rezando por mí, considerándome perdido!

El caballo se acercó a la verja y un perro lanzó un poderoso gruñido, al tiempo que avanzaba ladrando de modo amenazador.

Jack se acercó a la tapia ordenando:

—¡Quieto, «Billy», soy yo! ¿No me conoces?

El can cambió de actitud y ladró débilmente y con profunda alegría.

A los ladridos del perro la ventana iluminada se abrió, y la maciza silueta del granjero apareció en el vano, mostrando un amenazador rifle al tiempo que preguntaba con voz apagada:

—¿Quién anda por ahí?

Jack, sin poderse contener, gritó:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡Soy yo, Jack!

El anciano lanzó un grito inarticulado, y como una centella salió a la huerta corriendo desalentado a abrir. Padre e hijo cayeron uno en brazos del otro en un abrazo apretado, que a Sol le hizo recordar a su desgraciado padre, cuando salía a recibirle cariñosamente a su regreso del rancho los sábados por la noche.

Rex, sin casi poder articular palabra, balbuceó:

—¡Jack!... ¡Jack!... ¿Tú?... Pero... ¿es posible? ¡Dime que no estoy soñando, por lo que más quieras!

—No, padre—aseguró Jack, desprendiéndose de sus brazos y señalando a Sol que se había quedado junto al caballo contemplando con emoción el emotivo cuadro—. Soy yo, y si estoy aquí sano y libre se lo debo a este valeroso compañero que se ha jugado galantemente la vida por salvarme de morir ahorcado... Padre, bésale la mano, que bien se lo merece, pues tú sabes que tu hijo es inocente e incapaz de cometer los crímenes de que le acusan.

El anciano avanzó con lágrimas en los ojos dispuesto a besar la mano de Sol, pero éste le tomó de un brazo y deteniéndole, dijo:

—No sea usted niño y no dé demasiado valor a las cosas. He cumplido un deber en memoria de mi padre muerto por una traición como la que se pretendía cometer con su hijo. A su memoria, y no a mí, puede agradecer en todo caso este suceso.

El anciano le retuvo las manos diciendo:

—Gracias, hijo. No sé quién es usted; pero algo he oído hablar de sus hazañas en el pueblo. No he aparecido por allí, porque temía que me hicieran blanco de sus iras, pero le agradezco con toda el alma cuanto ha hecho por Jack y por mí.

—No lo merece. Hemos venido exclusivamente a darle cuenta de que Jack está libre y de que nos disponemos a aclarar este asunto. Guarde sus lágrimas y sus penas que no son precisas y confíe en nosotros.

—¡Oh gran Dios!—afirmó el viejo—. Es tan grande la alegría que esto me proporciona que la catástrofe que en este momento amenaza mi hacienda y mi porvenir nada me importan ya. Sólo lamento que la ruina que mañana caerá sobre mi proceda de la misma mano que ha tratado de cortar la vida de mi hijo, hiriéndome por partida doble.

Sol, extrañado de las palabras del viejo, preguntó:

—¿A qué se refiere usted, señor Birney?

—Si cree usted que no puede ponerle en peligro perder un cuarto de hora, haga el favor de pasar y le mostraré la carta que he recibido de ese miserable. ¡Es una hiena sin entrañas!

Sol, intrigado, no midió el posible peligro de quedarse allí y siguió al viejo granjero, el cual les hizo pasar a un pequeño despacho donde guardaba sus papeles.

Buscando entre ellos la carta aludida, dijo antes de entregársela a Sol:

—Voy a explicarle por encima lo que sucede. Hemos tenido dos años de sequía horrible y de un calor agobiador. La granja no dio de sí lo preciso; por otra parte, la enfermedad de mi mujer que fue larga y penosa, me empeñó, en unión de lo escaso del rendimiento de mi hacienda, y para salvar el bache pedí a alguien, que consideraba un amigo, un préstamo de ocho mil dólares con los

cuáles hacer frente al problema económico. Dicha persona me los entregó previa hipoteca de la granja a una fecha de vencimiento que caducaba ayer. A costa de muchos esfuerzos había reunido el dinero ingresándole en el Banco de Dolores, pues no quería tratar con Cliff, y el día del asalto de la diligencia ese dinero había llegar en la valija de Correos, según orden que di al Banco para su envió. Se me olvidaba decir que la hipoteca fue transferida a Cliff por la persona que me la hizo. Yo me enteré cuando ya se había hecho la cesión y sabía que, de no cancelarla en su fecha justa, ese bandido no tendría compasión y me desahuciaría. Por fortuna había reunido el dinero, pero al robar la valija y con ella lo que contenía, me dejó colgado, sin poder hacer efectivo el importe de la cancelación. He visitado con repugnancia a Cliff, el cual me ha dicho que eso no era cuenta de él. Yo debía entregar ayer el dinero, de lo contrario seguiría los trámites judiciales, y luego, si yo creo deber seguir un pleito a Correos por el retraso del dinero y por los perjuicios sufridos, que lo siga; pero él no se encuentra dispuesto a modificar los términos de la hipoteca, mucho más siendo a su vez víctima del atraco.

Cómo refrendo de su posición me remitió esta carta que aquí ve.

Sol la echó un vistazo; en ella se decía todo cuanto el granjero le había anticipado y le amenazaba con llevar inmediatamente el asunto adelante.

Sol, indignado, dijo:

—Bien, deje ese asunto de mi cuenta. Tengo proyectado saldar algunas cosas con Cliff y una será ésta. Déjele que haga las gestiones, si se cree en condiciones para ello, y ya veremos lo que sucede. Creo que ese granuja está extremando mucho las cosas y ha apretado tanto la soga que se le va a romper entre las manos.

Jack, que se veía con las ropas medio destrozadas por la feroz pelea, dijo:

—Padre, voy a cambiarme de ropa y a ofrecer a nuestro buen amigo Sol otra mía para que renueve el vestuario. También me voy a llevar a «Rayo». Estoy sin montura y si nos vemos obligados a galopar no podemos derrengar el caballo de Sol con tanta carga.

El granjero asintió y Jack se llevó a Sol a su dormitorio, donde guardaba varios trajes en buen uso.

Como ambos eran de una estatura aproximada no hubo dificultad para el acoplamiento del vestuario.

Cuando Sol so vió ante el espejo del lavabo, exclamó:

—¿Sabe usted que me alegra mucho su idea ofreciéndome esta ropa?

—¿Por qué?—preguntó intrigado Jack.

—Porque con ella y las alas del sombrero caídas será difícil que

me reconozcan a primera vista y esto me va a servir de mucho para un proyecto que tengo. Creo que debemos irnos, pues no tardará mucho en amanecer y no es conveniente que nos sorprendan a la luz del sol por el valle.

—Tiene usted razón. Voy a tomar el caballo y nos vamos.

Se dirigió al cobertizo donde se hallaba el animal. Este parecía ser una buena montura y a Sol le agradó su estampa.

—Listos—dijo el muchacho—. Ya podemos volver al monte. No sabe usted lo que le he agradecido que me ayudara a venir a calmar la ansiedad de mi padre.

—Y yo he tenido mucho gusto en conocerle y en conocer esa historia de la hipoteca. El último que ría será el que ría más y espero que ése sea yo.

Volvieron a la estancia a despedirse de Rex, y cuando Sol estrechaba su temblona mano recomendándole que tuviese confianza en él, un ladrido agudo y penetrante vibró en la huerta.

Sol, envarándose, llevó la mano al revólver, diciendo:

—Me alarma ese perro… ¿Nos habrán seguido el rastro hasta aquí?

Jack, rechinando los dientes con ira, repuso:

—No lo sé; pero si así ha sido, que cuenten conmigo. Desde ahora seré quien ellos han querido que sea. No me cogerán si no es después de muerto y les va a costar bastante trabajo lograrlo.

El anciano, todo tembloroso, se asomó a la ventana. Bajo el plateado beso de la luna se distinguían en la llanura, rodeando la casa, un grupo de jinetes a cuyo frente se hallaba Tony Kelly, el *sheriff*.

Rex, por lo bajo, murmuró:

—No se den a ver. Voy a preguntar qué quieren. A lo mejor vienen por intuición y no por rastros ciertos.

Abrió la ventana y asomando el busto, preguntó:

—¿Quién anda ahí?

Tony, con el revólver amartillado, gritó:

—Escuche, Rex, no se haga de nuevas, que es inútil. Vengo a prender a su hijo y a ese demonio de forastero que le ha ayudado a huir y si se obstina en ocultarles sufrirá también las consecuencias.

El anciano, apelando a toda la energía de que era capaz, exclamó con voz firme:

—Escuche, Tony, no sé en qué se funda para decir todo eso. Ignoro lo que ha sucedido con mi hijo y ya está bien que se ensañen con él, para aumentar mis pesares tomándome como blanco. Si se ha escapado no le supondrá tan necio que venga a ocultarse aquí, donde como es lógico es el primer lugar sospechoso.

Tony, impaciente, gruñó:

—Le digo que sé que está aquí. Hemos seguido el rastro del caballo y no nos engaña. Haga el favor de abrir la puerta y si me demuestra que no es cierto lo que afirmo, puede recurrir contra mí por difamador.

Rex, azorado, no sabía qué contestar, pero Sol que se hallaba a su lado oculto por la pared, dijo rápidamente:

—Dígale que ahora mismo baja a abrirle:

El anciano, obedeciendo la orden, contestó:

—Bien, voy a abrirle para que se convenza.

Abandonó la ventana y mientras bajaba, Sol advirtió:

—En cuanto abra usted la puerta, retírese a un lado. Vamos a cogerles de sorpresa y a escapar mientras entran. Es la única forma de poder burlarles.

Los caballos habían quedado por fortuna ocultos por una de las alas del edificio y no era posible descubrirlos al entrar, a menos que se diese vuelta a la casa para buscarlos.

Sol arrastró del brazo a Jack hasta la última ventana del ala del edificio y agazapados tras el cerco esperaron a que el *sheriff* atravesase el paseo que conducía desde la empalizada a la puerta del edificio, y cuando penetró, ambos saltaron a la huerta, corriendo como gamos en busca de los caballos.

Montaron raudamente y lanzándoles a todo galope sobre la baja empalizada les obligaron a saltarla limpiamente.

Cuando los que acompañaban al *sheriff* que habían quedado pegados a la tapia quisieron darse cuenta de la audaz maniobra de los dos fugitivos, ya éstos galopaban cómo diablos por el valle y, furiosos por la burla, se revolvieron, emprendiendo la persecución.

Tony, al oír los gritos, saltó fuera loco de rabia, y montando a caballo se lanzó con sus hombres tras los fugitivos, que ya les habían sacado una regular distancia.

Un impresionante tiroteo turbó el silencio de la noche.

Sol y Jack contestaron con entereza para mantenerles a distancia, y Jack, que se hallaba rabioso temiendo las represalias que pudieran tomar con su padre, exclamó:

—Déjeme retrasarme. Quiero hacerle comer un poco de hierba a ese fantoche de *sheriff*.

Sol se pegó a su caballo diciendo:

—No haga eso, Jack. No mate a un hombre sin un motivo justificado, o en caso de vida o muerte. Yo no digo que ese tipo no se merezca un buen par de tiros en la cabeza. Acaso haya que dárselos un día a sangre fría, pero de momento déjele que se desahogue disparando al aire. Les dejamos atrás, y con la luz de la luna y montados a caballo es muy difícil que consigan hacer blanco.

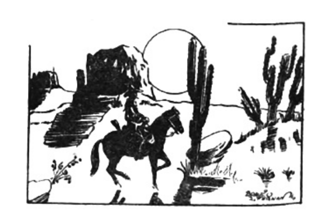
Jack, pesaroso, siguió el consejo de su compañero y ambos,

después de internarse por un trozo de bosque que les ocultó a los ojos de sus perseguidores, dieron la vuelta al mismo colocándose a su espalda.

Cuando salieron de nuevo al valle, ya sus enemigos se habían perdido en el interior de él, y Sol, que tenía una idea fija y no quería abandonarla, dijo:

—¡A galope! Caminemos hacia esos escondrijos que usted conoce en el monte. Quiero descansar un par de horas o tres, para estar después fresco. Necesito hacer una visita muy interesante y un hombre adormilado pierde ventaja en ese aspecto.

Jack quiso saber algo más; pero Sol se encerró en un absoluto mutismo, por lo que renunció a preguntar, y galopando sin ceder en el ritmo alcanzaron por fin la entrada del monte.



CAPITULO IX

KELLY; HACE UNA CONFESION



EBIDO a la burla de que había sido objeto por parte de Sol y Jack, Kelly, el *sheriff*, estaba de un humor insoportable.

Cliff, le había amenazado con hacerle destituir si no localizaba a los dos audaces aventureros que le estaban poniendo en gravísimo peligro, y Tony no sabía dónde hallar su rastro, pues habían desaparecido en la noche como dos meteoros y les creía muy lejos de Mancos para burlar su autoridad. Habían enviado a algunos de sus secuaces para que registrasen la montaña en busca de huellas que le sirviesen para organizar una batida y esperaba de un momento a otro alguna noticia que poder comunicar al poderoso director del Banco Agrícola.

Acababa de levantarse y procedía a vestirse, cuando la puerta de la oficina se abrió con violencia y una figura, que al principio no reconoció, se boceto en el vano. Kelly le contempló extrañado, pero al levantar el visitante la caída ala de su sombrero lanzó un rugido de asombro e hizo ademán de buscar el revólver, cosa que le fue imposible, pues había dejado colgado el cinto de un clavo en la pared mientras se lavaba y éste se hallaba en el otro extremo de la estancia.

Sol, con el revólver amartillado, avanzó hacia él, e indicándole la silla más cercana, preguntó:

—No esperaba usted tan de mañana mi grata visita, ¿no es cierto? Sin embargo, yo soy muy cortés con la gente y no podía pasar sin saludarle cordialmente y agradecerle el alto honor que me ha hecho poniendo tras el polvo de mi caballo un ejército de aprendices de *cowboys*, que apenas si saben para qué sirven las espuelas.

Kelly, que no era cobarde, se rehízo y enfrentándose con él, exclamó fríamente:

—Supongo que su visita obedecerá a haberse dado cuenta de que es preferible entregarse a la benevolencia de la autoridad que

ponerse frente a ella.

—Si es ésa su idea, ¿para qué voy a esforzarme a sacarle de su error? Puede pensar lo que guste, pero entretanto voy a hacerle una pregunta a la que espero me conteste sin necesidad de que le obligue a ello de una manera que sería denigrante para usted. ¿Quiere hacer el favor de decirme quién es el falso, Jack el Zurdo?

Kelly, palideció al oír la tajante pregunta y repuso:

—¿Tiene usted ganas de bromear? Aquí no hay falsos Jack, sino uno muy conocido que le está reclamando una corbata de cáñamo. Espero que sea usted tan sensato que me lo traiga y quizá pueda dar al olvido su inconsciente actuación en favor de ese salteador y asesino.

—¿Cómo no? ¿A qué he venido sino a contribuir a que el salteador y asesino sea colgado de un árbol? Lo que preciso es su nombre verdadero y usted me lo va a dar.

Kelly hizo intención de adelantarse a él, pero Sol, señalándole con el revólver, advirtió:

—Cuidado, que tiene un gatillo muy nervioso y se dispara solo… sobre todo cuando tiene enfrente algún granuja a quien está deseando eliminar… ¿Conoce usted esto?

Depósito sobre la mesa la caja y el pequeño paquete conteniendo el collar e, indicando con el cañón del revólver, ordenó:

—Véalo por sus propios ojos. Es algo muy interesante.

Kelly, intrigado, abrió la caja, descubriendo en el interior los desgarrados sobres con los sellos de lacre medio rotos y palideció. Luego, al desliar el paquete y ver el collar, su palidez aumentó de grado.

—¿Dónde… dónde… ha encontrado usted esto?

—¿Lo ignora? ¿Tendré que decirle lo que sabe muy bien? En la caja fuerte de su excelente amigo y protector, el señor Cliff.

Kelly, tratando de justificarse, exclamó:

—¡No es posible!… No creo a Cliff un ladrón ni un salteador… Debe haber alguna confusión que es preciso aclarar, pues una cosa es que él me haya prestado algunos favores y otra que nadie pueda acusarme de complicidad con un hombre que… que me cuesta trabajo creer que no pueda ser decente.

—Como usted, ¿no es eso? Lo malo es que el amigo Gaines ha declarado y ha dicho tales cosas que le va a ser difícil desvirtuarlas.

El *sheriff*, furioso, se revolvió gritando:

—¿Qué ha dicho ese miserable? ¿De qué tiene que acusar a nadie, cuando él es un ladrón que debía estar en la cárcel si Cliff no hubiese sido magnánimo con él?

—¿A qué llama usted magnánimo? ¿A servirse de él para ocultar sus expolios? Usted sabe por qué le tenía, pues usted era el mayor

amparador de sus robos. Por eso perseguían ustedes a Jack y por eso tenían tanto empeño en ahorcarle; pero todo se ha terminado. Gaines ha declarado su participación en los robos y vengo a que me diga quién es el falso Jack...

Kelly, que había perdido la serenidad ante la acusación, vigilaba a Sol, buscando el momento propicio de deshacerse de él. Se sabía en peligro y no estaba dispuesto a dejarse coger en la trampa, sin luchar hasta el último instante.

Revolviéndose furioso, gritó:

—¿Yo qué sé?... ¡No sé nada de lo que me pregunta!...

Sol, mirándole fríamente, amenazó:

—Escuche, Kelly: debía usted haber empezado a conocerme. Soy hombre que no repara en nada cuando defiende la razón y la justicia. Le doy un minuto para contestar.

El *sheriff* apretó los labios, rechinando los dientes con furor y no contestó; pero Sol, frío y sereno, con el revólver en la mano, esperaba. Cuando transcurrió el tiempo ofrecido, levantó el arma.

Había tal resolución en sus ojos y en sus gestos que Kelly no dudó en que dispararía, y levantando los brazos, exclamó rabioso:

—¡Hablaré y peor para Cliff! Si ha sido tan imbécil que se ha dejado sorprender con las pruebas en la mano, que pague las culpas. ¡El falso Jack era el propio Cliff!

A Sol no le sorprendió la declaración. Había sospechado algo de ello, aunque creía también que podía estar en combinación con alguien para que éste suplantase al infeliz *cowboy*.

—Pruébelo—dijo sonriendo cruelmente.

—¿No ha observado que tiene la misma estatura y el mismo tipo que Jack?

—Sí.

—Pues aprovechándose de eso se procuró ropa parecida a la de Birney y compró un caballo negro en Dolores, para mejor confundirse con su enemigo. No sé dónde lo esconde después de cometidos los atracos, pero debe ser por los alrededores del sendero de los indios.

—¿Por qué asaltó ese día la diligencia?

—Porque sabía por Gaines, a quien había enviado a Dolores, que en la valija venía bastante dinero. Andaba mal de fondos a causa de negocios desgraciados y necesitaba mantener su crédito.

—¿No sabía usted que iba a cometer tal asalto?

—No. Me lo dijo aquella noche cuando regresó al pueblo después de haberlo cometido, aunque yo lo supuse al recibir la denuncia de Morgan. Me dijo que se habla visto obligado a matar a Teomey, por que éste le había reconocido al echársele hacia atrás el sombrero que ocultaba su pelo rizado.

—¿Por qué escondió usted el antifaz en la silla del caballo de Jack?

—Me lo dio él para el caso de que lograra detenerlo. Era la prueba que le condenaría sin paliativos.

Sol, furioso, avanzó hacia él, gritando:

—¡Es usted tan miserable y canalla como Cliff! Ahora mismo me va a firmar una declaración reconociendo la verdad de los hechos.

Kelly intentó resistir; pero el cañón del revólver de Sol, aplicado a su frente, le decidió.

De todas suertes Kelly no se resignaba a aportar aquella prueba, y aunque se puso a escribir estaba acechando el más mínimo descuido de su mortal enemigo para caer sobre él y eliminarlo, única forma de salvar su cuello de la corbata de cáñamo.

Calmosamente escribió la declaración, firmándola y luego se la entregó diciendo:

—Vea si es eso lo que exige.

Sol tomó el papel y aguzando su tensión nerviosa echó un vistazo al contenido; pero apenas separó los ojos de Tony, éste, saltando elásticamente, le dio un terrible manotazo, haciendo que el revólver cayese al suelo a causa de la sorpresa.

Sol soltó el papel y se revolvió contra el *sheriff*, que se había arrojado sobre él tratando de aferrarle por el cuello, y entre ambos se entabló una lucha feroz, en la que se dilucidaba la vida de uno de ellos.

Kelly, aunque de estatura media, era fuerte como un toro, y como la desesperación duplicaba sus fuerzas, Sol se vió frente a un enemigo terrible.

Como lobos rabiosos se atacaron en el estrecho recinto que no permitía grandes maniobras para hurtar el cuerpo a los golpes. En aquellos tres metros de terreno en cuadro, con los obstáculos del mobiliario, era difícil esquivar y había que aguantar el ataque feroz y aprovechar el momento propicio de derrotar al contrario. Los puños de Kelly, como arietes, golpeaban el pecho y la cabeza de Sol, que acusaba los golpes con entereza, pero a su vez replicaba brutalmente, haciendo rugir a Kelly a cada impacto que le aplicaba en su recia humanidad.

Ambos sangraban como carneros por la nariz y la boca, tenían los ojos amoratados y respiraban jadeantes, pero ninguno cedía terreno ni desfallecía. Se jugaban la vida en aquella pelea salvaje y este acicate centuplicaba sus agotadas energías.

Kelly maniobraba de modo que pudiese alcanzar el caído revólver para mejor dar fin de su contrario, pero Sol, que adivinaba la maniobra, procuraba cubrirle con su presencia y, de vez en vez, le apartaba con una patada que le alejase de la posible zona de

influencia de su rival.

Por un momento pareció que ninguno podría vencer a su contrario. Ambos se hallaban agotados y doloridos, y se contemplaban a cierta distancia buscando la forma de aplicarse el golpe de gracia.

En un movimiento brusco, Kelly, al rebotar contra la pared a causa de un terrible puñetazo en el pecho, retrocedió hasta el lugar donde estaba colgado el cinto con el revólver, y con un movimiento hábil y rápido consiguió descolgarle sin que Sol lograse evitarlo.

No podía entretenerse en sacar el revólver de la funda. Su enemigo no le daba tiempo a ello, pero asiéndole con violencia le volteó en el aire, buscando la forma de dejarlo caer sobre la cabeza de su enemigo.

Sol palideció. Si aquel indomable enemigo conseguía en sus volteos aplicarle un golpe en la cabeza con el pesado revólver nada le quedaría por hacer en el mundo, y tomando una decisión heroica se dispuso a ponerla en práctica.

Avanzó decidido obligando a Kelly a agitar el cinto en el aire buscando la forma de aplicarle el golpe de gracia; pero Sol esquivando uno de los voleos, inclinó la cabeza y lanzándose sobre él como un toro se la clavó en el pecho, arrojándole fieramente de espaldas y cayendo tras él.

Los huesos del pecho de Kelly crujieron como si los hubiese aplastado un martillo pilón, y el *sheriff* emitió un rugido de agonía, quedando en el suelo retorciéndose como una salamandra puesta al fuego, mientras Sol, con la cabeza atronada por un ruido de mil locomotoras, quedaba jadeante a su lado sin ánimos para moverse.

A costa de un gran esfuerzo, logró incorporarse. Respiraba ruidosamente y sus ojos aparecían velados por un halo sangriento.

A través de él contempló al *sheriff* destrozado en el suelo, arrojando sangre por la boca y con los ojos vidriados por la agonía, y seguro de que ya no sería un enemigo apreciable, buscó el codiciado papel con la declaración.

Por fin lo localizó en un rincón. Se lo guardó, recogió su revólver y el de Kelly, y tambaleándose como un borracho salió a la calle.

Su ropa estaba destrozada, había perdido el sombrero y el deshecho atuendo que quedaba sobre su cuerpo aparecía manchado de sangre; pero sin preocuparse de ello, obsesionado por una idea fija, avanzó calle abajo dirigiéndose a la casa del juez.

Alguien pasó por su lado quedando asombrado al reconocerle en aquella guisa; pero cuando le vieron penetrar en la morada del juez, nadie se atrevió a importunarle, ni siquiera a dar señales de haberle reconocido.

El gesto hosco que se dibujaba en su semblante, el rictus agrio de sus labios, el fulgor homicida de su mirada y la mano tensa y agarrotada en la culata del *colt*, eran razones muy poderosas para no interponerse a su puso.

Cuando el juez, que se disponía a salir, se encaró con él, le miró con el más pavoroso asombro y sin atreverse a creer en tanta osadía, preguntó:

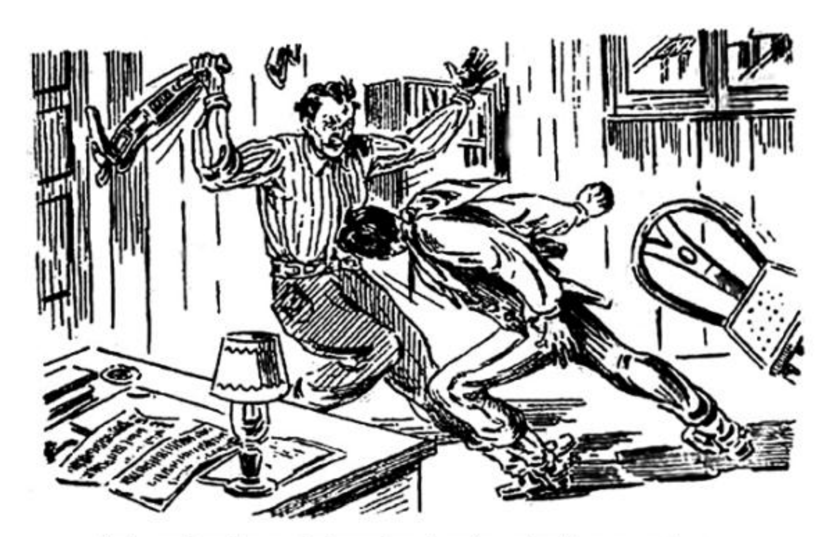
—¿Está usted loco, forastero? ¿Cómo se le ocurre presentarse ante mí en esa guisa? ¿Quiere que sea yo quien me vea obligado a detenerle y llevarle a presencia del *sheriff*?

—Inténtelo si quiere, pero poco podrá hacer ya en mi contra. Vengo de sus oficinas y espero que a estas horas esté esperando su turno para ingresar en el cementerio de Mancos...

El juez retrocedió asustado preguntando:

—¿Quiere decir que le ha asesinado?

—Quiero decir que le he enviado al lugar donde estará más tranquilo y donde no le buscarán para colgarle de un roble. ¿Quiere usted enterarse de esto?



Sol, esquivando uno de los voleos, lanzóse sobre él como un toro.

Sol le entregó la declaración firmada de Kelly, y el juez, con los ojos dilatados por el asombro, balbuceó:

—¡Oh, no es posible!... No puede ser que yo... honradamente haya estado favoreciendo planes siniestros que... ¿Dice usted que ha muerto?

—Al menos le he dejado con el pecho roto de un cabezazo. No se va del mundo sin cobrarse su muerte, pero yo al menos espero

recuperarme…

El juez, tomando una resolución, dijo:

—Acompáñeme.

—¿Dónde?

—Al Banco. Voy a detener a Cliff y, si se resiste, haré con él lo mismo que ha hecho usted con Kelly.

—Gracias; pero recabo el honor de ser yo quien me las entienda con él. He venido solamente a darle cuenta de lo sucedido y a pedirle una cosa.

—Dígame qué puedo hacer por servir la causa de la justicia. Por fortuna, mi amistad con Cliff no era servil.

—Lo que le pido es simplemente que firme la destitución y orden de arresto de Kelly por cómplice en los robos y asesinatos cometidos por Cliff, y al tiempo nombre provisionalmente *sheriff* de Mancos a Jack Birney. Es el menor desagravio que pueden hacerle.

—No le discuto la propuesta. Quiero que todo el mundo sepa el desagravio y al tiempo le respeten como se merece. Demasiados desprecios y persecuciones ha sufrido. Espere.

El juez firmó el nombramiento, pero Sol le exigió que lo hiciera por duplicado.

—¿Para qué?

—Para clavar uno en las oficinas del *sheriff* y otro para entregárselo a él. Dese prisa que me queda mucho por hacer y no quiero perder la ocasión de ejecutarlo.

El juez cumplió el ruego y preguntó:

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—Buscar a Cliff y suprimirle del mundo por mi propia mano. Tengo que hacerlo antes que se entere Jack, o de lo contrario puede exponerse a recibir un tiro desesperado de Cliff, cuando éste se sepa perdido.

CAPITULO ÚLTIMO

LA JUSTICIA DEL OESTE



OL, seguido del juez, se dirigió presuroso a las oficinas de Kelly, donde el *sheriff*, en estado agónico, respiraba con dificultad.

Cuando vio penetrar al juez, hizo un supremo esfuerzo y murmuró:

—Demasiado tarde, señor Amboy... Alguien le ha ganado por la mano y me alegro... Es preferible morir así que colgado de un árbol... Lo que siento es no ver bailar antes de una rama a ese canalla de Cliff.

El juez le miró con profundo desprecio y salió al exterior, donde Sol se dedicaba a clavar el escrito con el sello del Juzgado.

Alguien habla corrido la voz de la presencia de Sol todo destrozado en casa del señor juez, y algunos curiosos afluían a las oficinas del *sheriff*, anhelando conocer los motivos de la presencia de Sol en el poblado. Cuando una vez clavado el escrito se enteraron de lo que sucedía, un clamor general se elevó entre los grupos, y con la misma inconsciencia que poco antes pedían la persona de Jack para colgarla, pedían ahora la de Cliff para darse aquel gusto justiciero.

Pero Sol amenazó con rematar a tiros al primero que se inmiscuyese en aquel asunto y, siempre seguido del juez, se encaminó al Banco.

Al alcanzar la salida de un callejón, dos caballos avanzaron al galope hacia ellos, y Sol, que poseía una vista muy aguda, se detuvo exclamando:

—¡Jack!... ¡Oh, lo encontró!

—¿El qué?—preguntó el juez extrañado.

—El caballo que ese miserable empleaba para fingirse el verdadero Jack... Yo le insinué donde creía que podía tenerlo oculto.

Jack, que había reconocido desde lejos a Sol, frenó los caballos al llegar jadeante frente al grupo y arrojándose de la silla impulsivo, se abrazó a Sol preguntando:

—¡Por todos los santos, Sol!... ¿Qué ha hecho? ¿Quién le ha puesto así y cómo se ha dejado coger?

El muchacho, al decir esto, había sacado los revólveres y miraba al juez y a los curiosos con gesto agresivo.

Sol le detuvo con un gesto, advirtiendo:

—Guarde usted esas armas, que no hacen falta ya para nada, Jack. Todo está aclarado y usted libre y rehabilitado...

—¿Qué dice?—balbuceó el joven poniéndose densamente pálido.

—Tome y lea—añadió Sol entregándole el papel firmado por el juez.

Jack, con los ojos nublados por las lágrimas, volvió a abrazarse a Sol, diciendo:

—¡Gracias, compañero! A usted le debo todo este bien que me compensa de las amarguras sufridas; pero ¡por Dios, que no ha terminado todo! Me falta castigar a esa hiena de Cliff y ahora mismo...

—Un momento, Jack —advirtió Sol—, de ese asunto tenemos que hablar, pero antes dígame qué sucede. ¿Cómo trae ese caballo?

—¡Oh! Lo había olvidado; seguí sus indicaciones y le descubrí oculto en un cañón. El pobre estaba trabado y había agotado toda la hierba que crecía en derredor. Le dejé suelto para que comiese y bebiese y registré los alrededores. En un hueco de un terraplén encontré esto.

Jack mostró a los ojos de los curiosos un antifaz idéntico al que el *sheriff* asegurase que había descubierto bajo la silla de su caballo, una camisa azul y un pañuelo rojo.

—En seguida comprendí que estas pruebas podían salvarme y vine al galope con ellas... Ignoraba que usted había trabajado más y mejor que yo y con mucha suerte.

—Si lo dice usted por la paliza que he recibido, desde luego no puedo quejarme de ella. En mi vida me han molido el cuerpo más a conciencia que esta mañana.

—¿Podrá reírse de su hazaña el que se permitió poner a prueba su resistencia?

—No... Desde luego que no; pero ahora queda el rabo por desollar y de eso es lo que quiero que hablemos. Jack: tengo tantos motivos como usted para desear habérmelas con ese coyote... Soy hombre que no cede el terreno a nadie cuando precisa vengar una ofensa y en este caso voy a hacer una excepción. Podíamos entregar a Cliff en manos del señor juez para que lo hiciera ahorcar, pero soy hombre de realidades. Prefiero ser yo quien ejecute la sentencia para quedar más seguro de sus efectos. Vamos a buscar a Cliff y a obligarle a que dé la cara con el revólver en la mano. Le dejaremos

que elija enemigo. Si le prefiere a usted, me resignaré a dejarle que se exponga a matarle o morir y quedaré de reserva para vengar su muerte, y si me elije a mí, usted será el encargado de vengar la mía.

—¿Por qué darle esa beligerancia que no merece? —preguntó Jack—. Hay que buscarle y machacarle la cabeza como a un reptil.

—No es tan fácil decirlo como hacerlo, Jack. Si a estas horas se sabe descubierto estará preparado para morir matando y no habrá quien le sorprenda. Obligándole a abandonar su cubil para enfrentarse con quien elija, no tendrá otra salida... Vamos, señores, estamos perdiendo un tiempo precioso y puede escapársenos.

Las voces de lo ocurrido se habían corrido por el poblado y los grupos engrosaban deseosos de presenciar aquel emocionante epilogo de la tragedia.

En tropel, pero silenciosamente, se dirigieron al lugar donde estaba instalado el Banco y al enfocar una calle fronteriza, Sol se detuvo diciendo:

—Ocupe usted un extremo de la calle y yo otro. Cuando se vea obligado a salir que elija el lugar por donde pretenda abrirse paso. La suerte decidirá quién ha de clavarle dos tiros en el corazón.

Jack eligió la parte alta y, dando un rodeo, se dirigió a ella seguido de un grupo de curiosos, mientras Sol, acompañado del juez, tomaba posesión de la salida en la parte baja.

El Banco estaba enclavado en el centro de la calle y en el momento en que Cliff pretendiese salir de él y buscar la huida por cualquier otra calleja transversal, sería alcanzado por una bala sin tiempo a ganarla.

Ya tomadas todas las precauciones, Sol dijo al juez:

—A usted le toca ahora cumplir su misión. Entre en el Banco y advierta a Cliff de lo que le aguarda. Dígale que salga a morir como un hombre y si se niega adviértale que prenderé fuego al Banco y le cazaré a tiros como a las alimañas.

El juez, impresionado por las palabras de Sol, se adelantó calle adelante hasta el Banco a cumplir la orden.

Se estaba diciendo que, como autoridad, el procedimiento a emplear no cuadraba con las leyes escritas, pero el Oeste era el Oeste y a final de cuentas Cliff merecía la muerte, y tanto daba que la recibiera de una forma como de otra.

* * *

Aquella mañana Cliff se había retrasado más que de costumbre en acudir al Banco. Había pasado una noche inquieta y desvelada a causa de las actividades peligrosas para él de Sol, y vivía en

perpetua alarma, sobre todo sabiendo a sus dos temibles enemigos en completa libertad de movimientos.

Por un momento estuvo tentado de abandonar Mancos y marchar, al menos por una temporada, a Durango u otro lugar distante del poblado; pero temiendo cualquier complicación en su ausencia decidió quedarse, pero apretando los tornillos a Kelly para que capturase muertos o vivos a los dos peligrosos fugitivos.

Cuando penetró en el Banco se dirigió directamente al despacho de Gaines. Estaba decidido a deshacerse de todas las pruebas acusadoras que guardaba en la caja fuerte, presintiendo que las cosas podían ponerse peor aún que estaban.

Como al empujar la puerta la hallara cerrada, se volvió a las ventanillas preguntando a los empleados dónde se encontraba el cajero.

—Tiene que estar en su despacho, señor Cliff, dijo el encargado de los abonos, nadie le ha visto salir y usted sabe que cuando tiene que ausentarse lo advierte.

—Pues no está. Han cerrado con llave.

—¡Qué extraño!... Se habrá encerrado para trabajar mejor.

Cliff, inquieto, volvió a la puerta y la golpeó sin resultado, hasta que se le ocurrió aplicar el ojo al vano de la cerradura, y aunque lo que a través de él podía abarcar no era mucho, fue lo suficiente para darse cuenta de que algo anormal sucedía. Una silla aparecía derribada y varios papeles se mostraban diseminados por la estancia.

Como loco, temiendo lo peor, lanzó su fuerte humanidad sobre la puerta y, al tercer intento, hizo saltar la cerradura.

Cuando penetró como una tromba, descubrió a Gaines amarrado y amordazado en el sillón y abalanzándose a él, le desató nerviosamente, rugiendo:

—¿Qué diablos ha sucedido aquí? ¿Cómo se encuentra usted así amarrado?

Gaines dirigió una triste y expresiva mirada al personal que se había agrupado en la puerta y Cliff se volvió furioso gritando:

—¿Qué hacen ustedes ahí? Cada cual a su sitio. Nada les importa lo que pasa, ya que no han sabido evitarlo.

Los empleados se retiraron azorados, cuchicheando entre sí para comentar el suceso, y Cliff, zarandeando a su cajero rudamente, gruñó:

—¿Qué ha sucedido? ¡Hable!

Gaines, temiendo la terrible explosión de ira de su jefe, balbuceó:

—¡Yo no pude impedirlo, señor Cliff! Entró de improviso con un revólver en la mano y antes de que pudiera moverme, me dio con él

en la cabeza, atontándome... Luego... me amarró y... registró la caja llevándose todo...

Cliff, que se había tornado blanco como un cadáver, rugió:

—Pero... ¿quién?

—Él... Ese forastero maldito... el que ha sacado a Jack de su prisión...

El banquero, ciego de rabia y furor, dio un empellón terrible a Gaines, colmándole de terribles insultos y se lanzó sobre la caja pretendiendo abrirla, pero le fue imposible. Ni poseía las llaves, ni conocía la nueva combinación para abrirla.

Como loco, miró a todas partes considerándose acorralado. Si Sol había registrado la caja se habría llevado las terribles pruebas de sus latrocinios y ya nada ni nadie le salvaría.

Acometido de un furor homicida levantó un pesado sillón, dejándole descargar sobre el cráneo de su cajero, que cayó al suelo de modo fulminante, gritándole:

—¡Toma, por imbécil! Tú al menos irás por delante de mí y no podrás echar leña al fuego con tus declaraciones.

Furibundo, se dirigió a su despacho y abriendo los cajones, extrajo de ellos un buen fajo de billetes que tenía preparado para casos imprevistos y se decidió a huir. Si su enemigo tardaba en tomar precauciones, cuando quisiera echarle mano ya habría puesto bastante tierra por medio.

Se echó al bolsillo izquierdo un revólver, aflojó la tapa de la funda del que llevaba colgado al cinto y, con gesto decidido, se dirigió hacia la puerta, pero en el momento en que iba a franquearla, apareció en ella grave y ceñuda la silueta del juez.

Cliff adivinó que le habían ganado la acción por la mano y empuñando el revólver, gritó:

—¡Quieto ahí, señor Amboy!... No dé un solo paso para detenerme, ni mueva un dedo, o le clavaré a balazos. Ya nada me importa una muerte más o menos.

El juez se encogió de hombros, diciendo:

—Lo sé, Cliff, pero con la mía no ganará nada... He venido a advertirle una cosa. Ahí fuera, guardando las salidas de la calle, hay dos hombres que están deseosos de enfrentarse con usted, *colt* en mano. Ya habrá adivinado quiénes son: Jack y Sol King. Me han obligado a concederle un honor que por mi gusto no le hubiese concedido. En lugar de proceder a su detención y colgarle de un árbol prefieren disputarse con usted a tiros el caso. Si es usted tan hábil y tan valiente que sea capaz de eliminar a los dos, aún puede ser que le quepa la posibilidad de forzar la salida y huir, aunque todo el pueblo espera el resultado de este duelo para arrastrarle. Si es usted lo suficiente hombre para dar la cara, salga y véaselas con

ellos. Por mi parte, le autorizo a abandonar este edificio, pero si tiene miedo y se niega a salir sepa que están dispuestos a prenderle fuego y a rematarle a tiros como a una rata apestosa. Ahora puede hacer lo que le plazca.

Tras un momento de vacilación, señaló la puerta, diciendo:

—Bien, haga el favor de salir. Este asunto es de esos hombres y mío, y yo lo resolveré con ellos. Dese prisa, pues si me arrepiento, usted será el primero que caiga.

El juez se apresuró a abandonar el Banco y, al ganar la salida, hizo señas a Sol y Jack para que estuviesen prevenidos, y con paso ligero ganó una de las bocacalles transversales para ponerse fuera de la trayectoria de las balas.

Cliff, dominando sus nervios, descendió con paso mesurado la escalera. Necesitaba serenarse para recobrar el dominio preciso, si no quería pelear con desventaja, y ahora más que nunca necesitaba de su serenidad para intentar ganar aquella baza problemática.

Cuando alcanzó la puerta de la calle un sol de fuego doraba con fuerza la calzada, estrellándose contra las fachadas fronterizas. La calle parecía un cementerio, por lo callada y solitaria, y solamente en el centro de la calzada, en ambos extremos de la misma, dos figuras herméticas, con las piernas arqueadas apoyadas reciamente en tierra, esperaban impávidamente su presencia.

Cliff miró arriba y abajo, dudando en elegir enemigo. Mucho odiaba a Jack por haberse interpuesto entre él y Nora y ser la causa de aquella situación trágica; pero aún odiaba más a aquel entrometido forastero, sin cuya presencia en Mancos él hubiese salido con bien de aquella dramática aventura en que se había metido.

Decidiéndose por fin, salió al centro de la calle, volviendo la espalda a Jack. Conocía el código del Oeste y confiaba en que nadie osaría disparar sobre él por la espalda sabiendo que se disponía a enfrentarse con otro enemigo revólver en mano.

Sol se envaró al observar su gesto y sintió un escalofrío de alegría en la médula. Sentía un ansia loca de ser él quien diese su merecido a Cliff y hubiese lamentado hondamente verse postergado.

Rígido, con los brazos extendidos y los ojos clavados en su acorralado enemigo, esperó a que éste se decidiese a avanzar. A la distancia que se encontraban, era muy difícil hacer blanco y precisamente para poder apreciar mejor sus reacciones había elegido el terreno donde le pensaba combatir.

Pero Cliff era un enemigo falso y artero. Su mano derecha, elevada a la misma altura que las de Sol, no hacía movimiento alguno por bajar hasta la funda del revólver; pero, en cambio, en su mano izquierda, medio oculto por la bocamanga de la chaqueta,

tenía empuñado el otro revólver. Cliff, como Jack, era zurdo y pensaba aprovecharse de esta ventaja para sorprender a su enemigo. Lentamente avanzó midiendo la distancia con la mirada. Sol, estático, no se movía y presentaba un blanco magnifico.

Por fin se detuvo. Avanzar más resultaba muy peligroso y durante un momento fulminó a su rival con su fría y viscosa mirada, sin perder de vista sus manos tensas y al parecer sin movimiento.

De súbito extendió el brazo izquierdo, en el que ocultaba el revólver, y disparó, creyendo ganar la acción a su enemigo; pero éste, que le vigilaba estrechamente; comprendió su idea y con una velocidad inverosímil, bajó la mano, sacó el revólver y sin fijar la puntería, con la seguridad del hombre que está acostumbrado a hacer uso de él de todas formas y en todas posturas, disparó.

Las dos detonaciones vibraron al unísono. Hubiérase dicho que solamente había sido disparada un arma, pero los efectos se apreciaron de muy distinto modo.

El sombrero de Sol, alcanzado en la copa, voló por el aire formando una negra estela sobre el suelo al dibujar su sombra en la alocada trayectoria, como si fuese un extraño y deforme pájaro, y Cliff, abriendo los brazos, hizo un gesto brusco con el cuerpo hacia atrás y trató de mantener el equilibrio para disparar de nuevo. Aun en un supremo esfuerzo de energía y ansia de destrucción, sus dedos agarrotados, lograron hacer funcionar el percutor, y el disparo seco y restallante rasgó el silencio ominoso que había procedido al doble disparo; pero el proyectil mordió la tierra a dos metros de él, levantando una nube de polvo, al tiempo que su cuerpo, perdiendo el equilibrio, se inclinaba de lado y luego caía de espaldas con los ojos muy abiertos al sol, y una enorme y roja mancha de sangre en el lado del corazón.

Sol avanzó lentamente con el arma en la mano dispuesto a no dejarse engañar por algún truco, pero cuando distinguió la camisa y el chaleco de Cliff, tintos en sangre, enfundó el revólver y se quedó clavado frente a él, contemplándole con indiferencia.

Jack corrió hacia el grupo y, al observar que su odioso rival había muerto casi fulminantemente, gruñó:

—Lo siento, Sol. Hubiese preferido ser yo quien le rematase. ¡Me había hecho tanto daño!



Sol, se envaró al observar su gesto y sintió un escalofrío de alegría en la médula.

—Mejor ha sido así, Jack. Al menos, no se ha manchado las manos de sangre. Yo puedo hacerlo. Soy un Vengador de la humanidad y nadie tendrá que reprocharse de estrechar la mía por esto.

El juez, que había avanzado, clavó sus ojos en el caído y exclamó limpiándose el sudor que perlaba su frente:

—¡Buen tiro, forastero! Creí que le ganaba la partida… Cuando le vi extender el brazo izquierdo no hubiese apostado por usted un centavo.

Sol sonrió afirmando:

—No podía pillarme de sorpresa. Sabía que era zurdo y por eso le dejé que se confiase, pero no perdía de vista su mano izquierda.

Un grupo se apresuró, por orden del juez, a hacerse cargo del cadáver, mientras Sol, entregando a la primera autoridad las llaves de la caja de caudales de Cliff, advirtió:

—Aquí tiene usted esto para que pueda abrir esa maldita caja, donde encontrará muchas más pruebas de los latrocinios de ese canalla. Si es usted un verdadero amante de la justicia le ruego que queme todas las escrituras de préstamo e hipoteca que encuentre y con ello habrá salvado de la ruina a muchos rancheros y granjeros de la localidad, víctimas de las malas artes de ese granuja. Es lo menos que puede hacer para reparar tantos daños como han sufrido.

El juez, sonriendo expresivamente, repuso:

—Yo no puedo hacer eso, señor King; pero… a lo mejor, cuando

proceda al registro, ya no están allí.

Sol, comprendiendo el sentido de la frase, afirmó:

—Dice usted bien. A lo mejor no hay ninguna. Yo no tuve tiempo de fijarme en la clase de papeles que encierra la caja… ¡Ah! La clave para abrirla es S.O.L.

—¿Su nombre?

—Sí. No se me ocurrió otro de tres letras. Perdone esta pequeña prueba de vanidad.

Cuando el juez se dirigía de nuevo al Banco, Sol advirtió:

—Quizá encuentre usted atado a un sillón a Gaines. Se lo brindo para que no se quede de vacío en este asunto. Si hay que colgar a alguien, ése también se lo merece.

—¿Usted cree que le encontraré vivo? Le apuesto una torta de maíz contra cien dólares a que Cliff lo ha suprimido para evitarse un testigo de cargo. De ese tipo cabía esperar todo.

Y, decidido, se introdujo en el Banco seguido de un nutrido grupo de curiosos.

Jack, tomando del brazo a Sol, dijo:

—No sé cómo pagarle todo lo que ha hecho por mí. De no ser por usted a estas horas estaría pendiente de la rama de un árbol.

—¡Bah! La cosa no ha sido muy difícil; pero si algo quiere hacer en mi obsequio, mire… Por allí veo a alguien que ha sufrido tanto como usted y que merece que se la quiera con calor por su entereza y confianza en usted, hágalo así y me consideraré pagado.

Sol señalaba un jinete que avanzaba por la salida de la calle. Era Nora, a cuyos oídos había llegado ya lo que estaba sucediendo en el poblado.

La joven se apeó del caballo y, abrazándose a Jack, dejó correr lágrimas de alegría apoyada en su hombro.

Cuando se desahogó y pudo hablar, se dirigió a Sol, diciendo:

—Gracias, señor. Sé todo cuanto ha hecho usted por nosotros y no encuentro forma de expresar mi agradecimiento ni manera de corresponder a su bravura.

—Yo si—dijo el joven Vengador sonriendo, al tiempo que llevaba su mano al bolsillo—. Como supongo que se casarán ustedes rápidamente, voy a permitirme hacerles mi regalo de boda. Jack: aquí tiene usted, la escritura de la hipoteca de la granja de su padre. Quémela, que está saldada; en cuanto a usted, jovencita, tengo algo mejor. Me parece que este collar le gustará para lucirlo en la garganta el día de su boda. No me agradezca el obsequio, pues no me costó ni un centavo su adquisición. Lo robé lindamente, pero ya sabe el refrán… «Quien roba a un ladrón…»

La joven tomó el collar y, colgándoselo al cuello, dijo:

—Es un presente que jamás olvidaré ni desprenderé de mi

cuello. Perdí el colgante; pero ya he pensado en sustituirlo con otro que me recuerde eternamente esta aventura.

—¿Con qué?—preguntó intrigado el joven.

—Con un sol de oro que me recuerde el nombre del *cowboy* más bravo de todo el Oeste.

Él se inclinó, galante, besando la mano de la muchacha y Jack le invitó:

—Supongo que me honrará usted aceptando hospedaje en mi casa y que se quedará aquí hasta el día de la boda.

—Lo siento, pero no puedo aceptar. Hay muchos Cliff en el Oeste que están esperando mi visita y no puedo demorarla. Piense que de haberme retrasado unas horas en llegar aquí no hubiese tenido tiempo de intervenir en su favor. Un minuto en la vida puede ser causa de muchas catástrofes.

—Tiene usted razón y no quiero ser egoísta. Váyase y no se olvide de nosotros. Quisiera saber dónde podría escribirle dentro de algunos meses.

—¿Para qué?

—Para invitarle a ser padrino del primer heredero que tengamos. Tanto si es hembra como varón, pienso ponerle Sol como nombre y nadie más indicado que usted para tenerle en la pila.

—Bien, Si es varón escríbame a Pine Valley, en Utah. Le traeré un revólver como biberón para que se destete con él y algún día deje en mantillas a su padrino.

Sol estrechó la mano de sus accidentales amigos y, tomando su caballo, se dirigió a la posada a recoger sus bártulos.

Anochecía cuando dejaba atrás el poblado entre un apoteosis de nubes cárdenas inflamadas por el sol. Parecía como un símbolo de la tragedia en que había vivido durante un puñado de horas y de las muchas más que viviría en su azarosa e inquieta vida de justiciero.



Artes Gráficas GRIJELMO, S. A.-Bilbao